

LA BAILARINA
DE LA ÓPERA

DEVENADO POR LA CESSURA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARCO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18531 - BARCELONA

"The red dance"

La bailarina de la Opera

Formidable producción dramática

+

Dirigida por

RAOUL WALSH

+

FILM TITAN FOX

+

Exclusiva de

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, núm. 250

BARCELONA

+

Argumento narrado por ANDRÉS BAYÓN

PROTAGONISTAS:

Dolores del Río

y

Charles Farrell

La bailarina de la Opera

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Después de su victoria sobre los Sudistas y de la firma del tratado de paz, el general conde de Kante-mir había sido llamado al Palacio del rey.

Tenía todos los prestigios para ser amado por el pueblo. Era el general más joven del país, de presencia gallarda, de una sonrisa casi de niño, que nunca desaparecía de su rostro, ni aun en las horas más difíciles y supremas.

Su carrera militar la había realizado de manera rapidísima y todos sus ascensos fueron bien merecidos ganándolos en pleno combate. Últimamente, su triunfo sobre los revolucionarios del Sur había acrecen-

tado su gloria, y el rey, haciéndose intérprete del sentimiento popular, le había concedido el entorchado de general.

Aquella noche, el joven triunfador, en cuya guerrera gris brillaban varias placas y cruces, era saludado y admirado por los cortesanos que poblaban el palacio de Su Majestad.

Otros generales, militares encanecidos y curtidos por una existencia heroica, se complacían en estrechar aquella mano juvenil y pequeña. Hermosas damas regimiento ataviadas con joyas que brillaban como soles, le sonreían, cruzando con él unas palabras y temblando de emoción al escucharle.

Un oficial acercóse a Kantemir y le dijo:

—Su Majestad la reina os llama, mi general.

Kantemir abrevió sus cumplidos con un grupo de damas y se dirigió al encuentro de la reina.

Esta se hallaba sentada en un diván, acompañada de su hija, la dulce Bárbara, rubia como las mieses de junio y de ojos azules como cachitos de cielo.

Kantemir besó las manos reales y luego quedó de pie, aguardando alguna palabra de las augustas damas.

—Habéis hecho un gran servicio a la patria, conde, con vuestras victorias en el Sur. Mi hija Bárbara desea expresaros sus más calurosas felicitaciones.

—¡Majestad!... ¡Altexa! Me limité a cumplir con mis deberes de patriota...

—Y no os habéis quedado corto, general.

Bárbara le contempló con suavidad, a tiempo que lanzaba un débil suspiro. ¡Qué interesante era aquel hombre! Acostumbrada a que todos los triunfadores del reino fuesen hombres ya viejos y encorvados, le

producía una agradable impresión ese general de menos de treinta años, pálido y fino como un aristócrata que no se hubiese movido de la corte.

Kantemir, después de un nuevo saludo a la reina y a la princesa apartóse unos pasos de allí, mientras las augustas damas alargaban la mano a otros nobles que doblaban el espinazo ante aquel honor.

Luego, la reina murmuró al oído de su hija, la princesa Bárbara:

—La opinión del rey me parece muy fundada... Kantemir es un excelente gobernador para la provincia de Oronow... y un seductor marriedo.

—No he visto otro hombre más agradable en la corte—exclamó la princesita.

—Si te agrada, Bárbara, este apuesto y triunfante general sería el heredero de nuestra corona.

—Me encantaría, mamá...

Sonrió la reina y alejóse, para ir a reunirse a un grupo de damas nobles, que la reverenciaron con profundas inclinaciones.

La princesita llamó con su delicada voz cristalina al conde de Kan-

temir, invitándole a sentarse a su lado.

El joven militar sabía ser un hombre galante. Su continua permanencia en las batallas no había hecho de él un guerrero rudo para quien sólo el ruido de la pólvora tiene agradable interés. Era un verdadero caballero de corte y en un minué hubiera hecho un papel brillante, y su sonrisa sabía florecer cuando se veía rodeado de mujeres.

La princesa le dijo, admirándole con una insistencia cariñosa:

—Se dice que Su Majestad va a nombraros gobernador de la provincia de Oronow.

—Agradecerlo a Vuestra Alteza la confirmación de ese rumor. Como soldado disciplinado aceptaré el nombramiento.

—Será sensible para nosotros veros alejado de la corte. Pero la patria demanda a otro lado vuestros servicios. Os estamos todos muy agradecidos, general.

Acarició una de las medallas que pendían del pecho del conde y dijo con dulce expresión:

—Estas cruces son patrimonio de

los héroes... ¡Qué bien dignamente las lleváis!

—Procuraré seguir honrándolas, Alteza.

—¡Bravo ejemplo! Sois muy leal.

—En mi familia, esa es la costumbre. Nunca la desertión supo de nuestro nombre.

—¡Si todos fueran como vos!

Por el ánimo de la delicada princesa pasó la visión de las constantes agitaciones del pueblo, los movimientos volcánicos de una masa humana que reclamaba derechos y libertad.

Acercóse un oficial, entregando una tarjeta a Kantemir. Con la venia de Su Alteza, el conde leyó:

Su Majestad os recibirá a la salida del Consejo. Venid a mi despacho en seguida. Vuestro antiguo amigo que quiere abrazaros.

W.

Kantemir sonrió y dijo:

—Alteza... Voy a ser recibido por Su Majestad...

—No quiero entreteneros, pues... Adiós.

Ella se estremeció cuando sintió los labios del conde sobre su mano.

¡Qué feliz sería Bárbara si se casara con Kantemir! No sería ninguno de aquellos matrimonios por razones de Estado, tan frecuentes en las Cortes, sino un verdadero enlace por amor, ratificado al propio tiempo por la simpatía del pueblo, conmovido por aquella unión juvenil.

El conde de Kantemir se dirigió a la cámara real... En la antesala le esperaba su amigo Wook, ayudante de Su Majestad.

Entraron los dos en el despacho.

El soberano estaba rodeado de militares y palatinos y sonrió al ver avanzar hacia él al general más joven de sus ejércitos.

Tendióle cordialmente la mano y le dijo:

—Conde, quiero premiar vuestros servicios por la causa de la patria. Os nombro gobernador de la provincia de Oronow, cargo hoy difícil pero que espero sabréis desempeñarlo con toda perfección.

—Me honráis demasiado, señor. Poca cosa soy, pero todo lo pondré al servicio de mi patria.

—¡Ah, mi querido conde!—dijo el monarca con una dulce expre-

sión que parecía mitigar su rostro, ordinariamente triste—. Aun me parece veros de niño... y, sin embargo, habéis realizado hazañas que pasarán a la historia.

—No tuve otro mérito que aprender vuestras enseñanzas e imitar vuestro ejemplo.

—Que así sea siempre, para bien de todos.

Su Majestad salió de la cámara real hablando con el conde de Kantemir.

Pasaron por salas y corredores de un lujo chillón y oriental, vigilados por soldados con corazas de oro y cascos luminosos.

El rey se sentía orgulloso de su general vencedor. Y su mayor ilusión era que aquel muchacho, de la más limpia sangre azul, se casara con la princesa Bárbara.

No le parecía difícil el conseguirlo...

Se reunieron con la reina, Bárbara y los demás palatinos...

Ballóse a los acordes de músicas solemnes y de noble ritmo.

El conde de Kantemir lo hizo con la princesita Bárbara... y fué sin-

LA BAILARINA DE LA OPERA

tiéndose dulcemente conmovido por aquellos ojos azules, que le parecían pedir una palabra de amor.

Duró la fiesta hasta el amanecer.

Poco a poco la gran lámpara de oro que era el palacio real se fué apagando... y pronto el silencio invadió las estancias fastuosas.





El reverso de aquella medalla de tan extraordinario brillo, era la prisión de Oronow, capital de la provincia recientemente conquistada.

Dentro de los muros ciclópeos de una fortaleza sufrían los condenados a trabajos forzados, una existencia infernal.

Miles y miles de hombres pertenecientes a la tierra de Oronow, conquistada después de rudos combates, gemían la terrible esclavitud de un país bárbaro en sus procedimientos.

Aquellos prisioneros eran tratados con refinada crueldad. Como si fuesen los peores criminales del mundo, se les sometía a un régimen

riguroso, brutal, de trabajo enervador, asfixiándose junto a los hornos encendidos o extrayendo mineral con agua hasta la cintura.

Estaban vigilados por sayones sin conciencia, en cuyas manos el látigo permanecía como algo anexo a su persona.

El menor desfallecimiento, la más ligera muestra de cansancio, eran corregidos en el acto a cintarazos que dejaban sus huellas sangrientas sobre la carne enferma de los prisioneros.

A aquel gran país conquistador, no habían llegado todavía los effluvios de humanidad y civilización que al otro lado de las fronteras esparcía su dulce perfume.

LA BAILARINA DE LA OPERA

Allá, no. Seguía imperando la autocracia, se usaban procedimientos reprobables, contra los cuales se rebelaba a veces el pueblo, no consiguiendo otra cosa que ser ametrallados o condenados centenares de hombres a cadena perpetua en alguna prisión eternamente sombría.

Cierto día, en el locutorio de una de las prisiones de Oronow se hallaba mucha gente aguardando la hora de visita para ver a los presos.

A través de una reja de estrechos barrotes iban a comunicar unos momentos, los prisioneros y sus familiares.

La visita se efectuaba una sola vez al mes, y era breve, cortada rápidamente por una soldadesca ruda que no entendía de compasión.

Entre los que esperaban aquella tarde figuraba Tasia, cuyo padre fué hecho prisionero, con otros diez mil, en la toma de Oronow.

Era una muchacha de piel morena, de ojos ardientes y apasionados, envueltos ahora en ráfagas de dolor.

Tenía una expresión sombría, y la espera se le hacía interminable

bajo aquel frío de las estancias húmedas, que le roía los huesos.

Sentada en un rincón, se puso a leer un libro, para hacer más llevadera la angustiosa nerviosidad.

Por fin escuchóse un lejano rumor de cadenas, y al otro lado de la inmensa reja, que partía en dos aquella sombría y abovedada habitación, comenzaron a desfilar las hileras de prisioneros.

Todos iban uniformados...

Contemplaban con repentino rayo de alegría a las gentes que esperaban en la otra parte y si reconocían a alguno de sus familiares corrían hacia allí, y, a través de las rejas, se besaban con dificultad y se acariciaban con un temblor nervioso y escalofriante.

Algunos, ni siquiera volvían la cabeza, y seguían su camino hacia sus calabozos.

Nadie en el mundo les aguardaba. Eran como bestias perdidas y solitarias, sin un afecto exterior.

Otros contemplaban con inmensa angustia a las gentes arremolinadas ante las verjas, y al convencerse de que los seres amados no estaban allí agitaban la cabeza con desespera-

ción y seguían el camino de los que perdieron la esperanza.

¡Tampoco tenían a nadie! Los suyos habrían muerto en la retirada o tal vez estuviesen en lejanos países, llevados por el trágico alud de la guerra, que rompe lo que parecía indestructible.

Tasia había logrado ganar un huecucito en la reja y defendía con la fuerza de sus puños aquel pequeño espacio, cada vez más reducido.

Un hombre viejo, de cabeza completamente blanca, avanzó, tembloroso, hacia la joven.

—¡Tasia!... ¡Tasia!

—¡Padre mío!...

Sus rostros se juntaron, buscándose un mutuo calor que no podían hallar entre aquella frialdad de hielo.

Besáronse llorando.

La dulce Tasia recordaba al padre de los días mejores, alto y fuerte como un roble, con la noble arrogancia del agricultor, que parece simbolizar un robusto tronco de su tierra.

Nada quedaba ahora de aquella antigua robustez. Estaba pálido, encorvado dolorosamente bajo el cons-

tante peso de los picos y azadas en las largas horas de trabajo; las carnes le habían abandonado como si oliesen la proximidad de la miseria y sus ojos, rojos y quemados por el fuego del horno, tenían una mirada de vencimiento y de fatiga.

¡Y pensar que aquel hombre no había cometido ningún delito, que sólo defendió la libertad de su suelo natal!

El viejo no se daba cuenta de su propia debilidad, y contemplaba asustado a su hijita, pobremente vestida, enflaquecida por el sufrimiento, pero que conservaba aún las huellas de la juventud que el dolor no consiguiera borrar.

—¡Tasia!—le preguntó angustiado—. ¿Es verdad que la paz ha sido firmada?... ¿Es verdad que nuestro desgraciado país está en manos de nuestros enemigos?

—¡Sí, padre, sí!... Ya no hay esperanza. Hemos perdido la independencia y quedamos anexionados a nuestros dominadores.

—¡Pobre patria! ¡De nada sirvió, pues, nuestro terrible sacrificio! ¡Oh, abandona tu país natal!... ¡Adelántate a mí y vete con los nues-

LA BAILARINA DE LA OPERA

trox! ¡Dentro de un año, dentro de dos años a lo sumo, me reuniré contigo!

—¡No... no!... Todos los meses vendré a verte, esperando ardientemente días mejores... ¡No te abandonaré!—gimió la muchacha.

—¡Dulce hija mía! ¡Siempre, siempre fieles a nuestra patria!

Volvieron a acariciarse...

Escenas parecidas tenían lugar allí cerca, entre los otros prisioneros y sus familiares.

Junto a Tasia, una pobre mujer con unos niños en brazos se despedía de un hombre joven, de ojos ardientes y tiernos, que besaba paternalmente las manecitas sonrosadas de las criaturas. ¡Y tal vez no las viese más!

De pronto, esparció sus ecos una sonora campana, y a continuación apareció de nuevo la soldadesca, empujando rudamente con sus látigos y las culatas de sus fusiles a los prisioneros.

—¡Vamos! ¡Pronto! ¡Ha sonado la hora!

Arrastraban materialmente a los desgraciados, que no se resignaban a estar otro mes sin la rápida pero

intensa compañía familiar. Los carceleros no entendían de compasión y seguían empujando a aquellos nuevos galeotes.

El viejo fué separado de Tasia, arrancada de los brazos de esta criatura que ahora lloraba con lágrimas secas y duras de vengadora.

¡Ah, los miserables!

Permaneció agitando la mano, hasta ver perderse a su padre por una estrecha puerta lateral que conducía a las celdas sin ventilación donde hacinaban a los reclusos como bestias.

Tasia fué retrocediendo, con la mirada fija en aquella puerta de hierro que se acababa de cerrar y que tal vez ocultase escenas de un dramatismo granguñolesco.

¡Pobre viejo! ¿Podría resistir aquel castigo inhumano y aquel trabajo salvaje?

Acostumbrado a la vida campesina, tan amplia y libre, avezado a dilatar la vista por los espacios y horizontes infinitos de los campos, ¿cómo iba ahora a vivir en el coto cerrado de una prisión y bajo el peso de una labor irresistible y embrutecedora?

Pasó Tasia ante una mesa, donde se encontraba escribiendo un oficial. Sentados a su lado se hallaban otros hombres, de expresión indiferente, por la continua repetición de tanto dolor.

Acercóse la muchacha al que escribía y le dijo, levantando el puño con expresión rencorosa:

—¿Por qué tratáis a estos prisioneros como criminales? ¿Qué daño han cometido? ¿Defendieron a su patria con las armas? ¿No hubierais hecho vosotros lo mismo, si se tratase de la vuestra? ¡Ah, contestadme!... Mi padre era un soldado bravo y leal... y habéis hecho de él un miserable guñapo.

Nadie le contestó. El oficial siguió escribiendo; los demás, ni acertaron siquiera a mirar, por curiosidad, a la reclamante.

¿Qué iban a hacer ellos, aunque hubieran querido mitigar la prisión? Tenían órdenes severísimas de la capital y eran simples mandatarios que debían obedecer sin chistar.

—¡Apresadme a mí, si os atrevéis!—gritaba Tasia—, pero dejad libre a mi padre!

Otra vez el silencio fué la respuesta.

Y, viéndose tratada con aquella indiferencia sorda, que le decía que nada debía esperar de tales hombres, la hermosa muchacha se alejó derramando lágrimas de impotencia.

¡Si en vez de ser una pobre mujer, fuera un hombre! ¡Acaso cometiera alguna locura!

Cuando desapareció, uno de los oficiales, el teniente Taranoff, que había permanecido leyendo un periódico, sonrió de modo misterioso.

Taranoff, aunque oficial del reino, llevaba en las venas sangre de la gente de Oronow y simpatizaba con estos oprimidos, deseando que la libertad les fuera restituida.

Este anhelo íntimo no osaba manifestarlo a ningún compañero ante el temor de que le detuviesen y fuese a hacer compañía a los prisioneros, como uno más.

—¿Quién es esa mujer?—se atrevió a preguntar, con la voz más indiferente posible.

—Es la hija de Atar Malkow, el cual sufre dos años de trabajos for-

zados por rebelión y varias tentativas de evasión.

—¡Ah!

No quiso seguir indagando, pero volvió a sonreír de modo significativo...

¿Quién sabe si una mujer como aquella podía ser el instrumento de venganza, el medio de libertad!

Y, sonriente, volvió a enfrascarse en la lectura de un periódico de la capital.





Tasia, después del encarcelamiento de su padre, había ido a refugiarse en la granja de los Yakitch, situada en el mismo término de Oronow.

Efectuaba allí las veces de criada y hacía toda clase de faenas agrícolas, esperando tiempos mejores en que su padre volviera a reunirse con ella y los dos recomprendieran el camino verdadero de la vida.

Antes de la guerra, tenían una casa y varias tierras; pero todo fué expropiado por las tropas vengadoras, en castigo de que su padre hubiese hecho armas contra ellas.

Y, ahora, Tasia tenía que estar casi de caridad en la granja de

aquellos otros campesinos que, menos quijotes, habían preferido mantenerse neutrales en la contienda. Y su premio había sido conservar íntegras las propiedades.

Tasia era la actividad personificada. A cambio del sustento, bien les producía a los Yakitch aquella mozucla sin pretensiones.

Antes de la guerra, tenían una de las demás bestias del corral, vigilaba y limpiaba los establos, efectuaba faenas de recolección, cargando luego las gavillas de trigo en los grandes carros.

Su carne era de hierro; bajo la dulzura exterior, vibraba el mismo temperamento de roble de su padre.

LA BAILARINA DE LA OPERA

Al propio tiempo, su belleza se había mantenido intacta, como si el constante oreo de la brisa campesina perfumara continuamente la tierna frescura de una piel morena y joven.

Un día, después de comer, Tasia se dirigió a un vecino campo.

Allí cuidó de que una yunta de bueyes siguiera su camino lento por la fértil tierra, trazando con el arado los geométricos y bien profundos surcos.

Kara, un soldado mercenario, al servicio hoy día de los triunfadores, sus adversarios de ayer, contemplaba, junto a un árbol, la taca de la laboriosa campesina.

¡Demonio! ¡Qué guapa era! ¡Y cómo le gustaba aquella criatura de belleza montaraz!

Entre las barbas descuidadas de Kara apareció una sonrisa de sátiro que ve cercana la presa de sus ensueños.

Sin embargo, Kara no era un mal hombre, a pesar de su apariencia ruda y de su constante amor al vino, principal defecto suyo.

Dentro de su brutal corpachón latía una viscera bondadosa, y su co-

razón vibraba a veces compasivamente...

Se complacía, sin embargo, en apagar todo afecto en su alma, y se había vuelto fiero y casi brutal en su constante y agitada existencia de mercenario.

Miró con ojos feroces a la dulce Tasia, virgen campesina, plato excelso para el mejor paladar.

Y corrió hacia ella con los brazos abiertos y una expresión de tragedia en la mirada.

—¡Tasia! — gritó—. ¡Deja descansar a las bestias un poco y vamos juntos a arar al campo!

Pero Tasia le tenía miedo a aquel soldadote, que ya otras veces la había perseguido, y comenzó a correr, seguida por Kara, cada vez más excitado por la resistencia.

—Tonta, ¿por qué te escapas? ¿No sabes que yo te quiero mucho, palomita?

La paloma no podía volar, y esto fué lo malo para Tasia, quien se vió de repente cercada por el soldado y abrazada furiosamente por aquellos brazos atléticos, que, al apretar, quebraban casi la carne frágil y pura de la doncella.

—¡Oh, socorro... socorro!—gimió.

El eco hizo repetir aquella voz de angustia en la granja y los Yakitch vieron en un campo cercano a Tasia y al soldado, luchando furiosamente en tierra.

El matrimonio Yakitch y su hijo, armándose de garrotes, corrieron en auxilio de la criada, comenzando a repartir palos sobre el cuerpo recio de Kara.

Este se levantó y dijo con expresión energética:

—¿Cómo os atrevéis a pegarme?

¡A mí, a un soldado!

—¿Qué pretendes, miserable?

—Estoy cortejando a la chica, ¿entendéis?... Quiero casarme honradamente con ella... Si vosotros sois ahora sus dueños, yo os la pido por mujer.

Tasia, al oír aquellas palabras, se fué apartando, horrorizada, en dirección a la casa, temerosa de aquel hombre.

Los Yakitch miraron con curiosidad a Kara y dejaron los garrotes. Bueno, aquel hombre hablaba ya de un modo con el que era posible entenderse.

—Concededme a esa chica por es-

posa... y yo os pagaré bien el favor —siguió diciendo Kara.

Los Yakitch se miraron con avaricia. Tasia era su criada, estaba adscrita a aquella casa como criada y, por lo tanto, no tenía voluntad propia, y pues que la mantenían, justo era que no se opusiera a cuanto por su bien ellos le ordenasen.

El anuncio de que aquel soldado les pagaría bien, acabó de convencerles.

—¡Conformes!... Entra en la casa y haremos el trato de boda.

Momentos después, estaban sentados a una mesa, junto a la lumbre.

Bebieron unos licores.

Los Yakitch pedían mucho dinero para ceder a la joven. ¡Valía la pena, soldado! Una mujer guapa y trabajadora como no la había en muchas leguas a la redonda. Una perla, un verdadero tesoro...

Pero Kara protestó, mientras jugaba con unos cuchillos que estaban sobre la mesa.

—¡No! ¡Nada de dinero!... Os daré un magnífico caballo blanco, a cambio de Tasia.

—Es poco.

LA BAILARINA DE LA OPERA

—La chica no vale más. ¡Traéd-mela!

La mujer obligó a Tasia a presentarse ante el comprador, quien, sonriendo, comenzó a contemplar a la linda joven, al propio tiempo que acariciaba su rostro y tocaba fuertemente sus brazos.

Tasia cerraba los ojos, horrorizada ante aquella venta, que la convertía en una esclava.

Kara, después de tantear lo suficiente para convencerse de la bondad del "género", exclamó, riendo:

—¡Nada... nada!... El caballo... y basta... Y aun hago un mal negocio, porque la chica no es gran cosa...

—Será una esposa inmejorable, señor... Es muy resistente para el trabajo—dijo Yakitch.

—Y su padre le ha dado una buena educación... Baila que es una maravilla. Podría usted ganar mucho dinero contratándola en un teatro—dijo la mujer.

—¡Je, je!... Sería bonito... Conforme... Trato hecho... Traeré el caballo y algunas otras cosillas.

Se dispuso a partir.

Tasia le miraba con horror, viéndose tratada como una pobre beste-

zuela en la feria, vendida como algo sin alma y sin voluntad... ¡Y ella tendría que ser la esclava de aquel bárbaro de ojos ensangrentados!...

Pero, ¿qué hacer para librarse de aquella tiranía?

No pudo evitar un sentimiento de repugnancia cuando Kara volvió a tocarla con sus manos de salvaje.

—¡Anda!—le dijo—. ¡Vente conmigo!... La cosa está ya decidida y esta misma noche serás mi mujer.

—¡No, no!...

Pero él la arrastró hacia la salida y allí le dijo:

—Si vacilas en seguirme, acabaré por creer que no me quieres. Eres ya de mi propiedad, Tasia... ¿Verdad que me la dais en matrimonio?

—Sí, sí...—dijeron los Yakitch.

—No quiero casarme—susurró la mocita con temor.

—¡Tontuela! Conmigo tendrás un buen camarada... Mira, voy a buscar el caballo. Esto te acabará de decidir... y cuando vuelva, ten las ropas preparadas, pues quiero partir esta misma noche.

Y marchó entonando una canción de taberna, mientras sus ojos chis-

peaban con la alegría infernal de la futura posesión.

Al ver alejarse a aquel hombre, Tasia quiso huir a campo traviesa, pero la granjera la detuvo con gesto feroz.

—¿Dónde ibas, loca?

—No quiero a ese hombre... no quiero a nadie... y hasta que no me enamore, no me casaré—gritó.

—La hija de un prisionero no tiene por qué mostrarse tan difícil ni tan melindrosa—gritó la vieja.

Y armándose de una fusta, comenzó a azotar el cuerpo de la doncella.

Vieron de pronto que avanzaba hacia ellas, con paso rápido, un oficial del ejército.

Era el gobernador del territorio, el conde de Kantemir, que realizaba de incógnito un viaje de inspección sin ser reconocido por ninguno de los lugareños.

Al ver que la malvada arpía azotaba a aquella linda jovencita, corrió con ánimo de impedir que siguiera el castigo.

La Yakitch tiró la fusta y procuró excusarse de su acción.

Tasia, viéndose libre, se ocultó en

la granja, no sin antes dar una mirada de agradecimiento al joven militar que había intervenido en su favor.

—¿Por qué pega usted de ese modo a la jovencita? ¿Qué daño ha hecho para que la trate tan mal?—dijo el conde.

—¡Oh! Es muy díscola y terca, señor oficial, y...

No acertaba a decir más, temerosa de algún castigo severo.

Los Yakitch, padre e hijo, corrieron hacia el grupo y dieron toda clase de satisfacciones al militar.

—Señor oficial... es la hija de un amigo nuestro, que rehúsa un buen partido...

—¿Y de cuándo acá se tiene derecho sobre el alma de las gentes? Si ella no quiere casarse, dejadla en buena hora.

—Así se hará, señor oficial.

El conde siguió su ruta y los Yakitch volvieron a la granja y miraron rudamente a Tasia, por cuya culpa estuvieron a punto de ser castigados.

¡Maldita mujer! ¿Así pagaba las atenciones que con ella tenían?

Momentos después llamaban a la granja. Era el propio conde de Kantemir, que había desandado el camino con el ánimo de volver a ver a aquella hermosa joven que se negaba a casarse.

Los Yakitch pusieron la mejor de sus sonrisas, prontos a servir en sus deseos a aquel oficial, que podía ordenar su encarcelamiento, si se le antojaba.

—¿Pueden indicarme el camino para ir al pabellón de caza de Su Majestad?—les preguntó el conde.

—¡Oh, de mil amores!...

Tasia miraba con cierto éxtasis a aquel gallardo oficial, de sonrisa insinuante y dulce.

Sin embargo, era uno de los hombres que sojuzgaban a su país, uno de los verdugos que mantenían prisionero a su padre...

Pero, a pesar de esta consideración, un sentimiento todavía más poderoso le hacía contemplar con interés a aquel hombre que la había defendido.

El conde sonrió a la campesina y luego dijo, como aconsejando a los Yakitch:

—No quiero que golpeéis nunca

más a esta joven... Es muy libre de no querer casarse con quien no le guste.

—Bien, señor oficial...

Y juraban, temerosos de volver a torcer la voluntad de la muchacha.

La vieja, con falsa ternura, murmuró a Tasia:

—Enséñale el camino... y sobre todo, no le hables mal de nosotros.

Tasia guió al supuesto oficial hacia un cercano camino, desde donde podía irse directamente al pabellón de caza.

—Siguiendo por ahí, dentro de media hora estará usted en la cabaña.

—¡Muchas gracias, amiga! ¿Cuál es su nombre?

—Tasia, señor.

—No me olvidaré... Y, créame, no se case nunca con un hombre al que no ame.

—Eso pienso yo, señor...

—¡Adiós, jovencita!

Kantemir tendió la mano a la hermosa campesina, teniéndola un momento entre las suyas, con suave apretón.

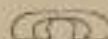
Luego partió por el camino indi-

cado. Y volvióse alguna vez para decir adiós a la linda muchacha de la granja.

Y Tasia, con el brazo en alto, seguía saludando a aquel oficial que

la había tratado como a una compañera, como a una igual, sin la dureza del dominador.

Ella le sonreía, le miraba... como mira una mujer...



A pocas leguas de allí, en un cercano pueblo, se celebraba, en los sótanos de una casa, una reunión clandestina de hombres entusiastas que lloraban los dolores de su patria y les buscaban remedio.

Ardían las lámparas de gas, agitando sus lengüecitas entre la atmósfera espesa y cargada de la sala.

Varios centenares de hombres forjaban proyectos contra el extranjero, ideaban planes para alejar al invasor de la tierra natal.

Uno de los hombres, Sasoff, de rala barba negra y ojos cansados de intelectual, subióse a un entarimado y pronunció una vibrante arenga:

—Somos varios millones de hombres que sufrimos el yugo del extranjero. ¿Hemos de reconocer y allanarnos, por ventura, a la cruel idea, de que nuestra querida patria pertenece definitivamente al invasor?

Resonó una voz unánime, un ¡no! que pareció estremecer los muros.

—¡Gracias, amigos!... Nuestra amada patria no nos ha olvidado... Somos sus hijos y tenemos que elevarla hacia su trono caído... ¡Preparémonos!... El día de la revancha tal vez no esté lejos...

Sonaron aplausos, se escucharon las notas suaves del himno de guerra, se hicieron nuevos propósitos

de esperanza en la bendita liberación.

Continuó la velada... Se evocaban las gestas del pasado, deseando emularlas y superarlas en lo posible.

Aquellos hombres barbudos, corpulentos, que fumaban en largas pipas, estaban dispuestos a arrostrarlo todo para conseguir ser libres... Aunque tuviera que derramarse nueva sangre, no importaba... Sería una semilla espléndida, que habría de fructificar de modo maravilloso.

Más tarde llegó al sótano el teniente Taranoff, aquel militar que en la prisión había visto el desespero de Tasia.

Taranoff simpatizaba con la causa de la libertad, y su corazón vibraba por la tierra invadida.

—La hora está próxima—le dijo Sasoff, el intelectual poeta cuyos libros eran canciones ardientes y líricas de guerra—. ¿Habéis podido

obtener informes acerca de esa campesina de que me hablasteis el otro día?

Taranoff nada le respondió; pero le entregó en silencio un libro. Lo hojeó Sasoff y vió en una de sus páginas escritas estas líneas:

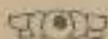
En efecto, Tasia puede servirnos y, precisamente, hoy la hemos visto con el conde.

—¡Admirable!—exclamó Sasoff.

Y retirándose a un lado de la sala, estuvo hablando con el teniente largo rato, interrumpiendo su charla para beber unas copas de licor...

Y la reunión seguía, cada vez más animada, y el humo de los cigarros formaba ya una atmósfera tan espesa que todo se difumaba en una neblina de color de plomo.

Pero los conspiradores no reparaban en ello... con un ardiente deseo de coger un fusil... y matar.



El soldado Kara, montado a caballo, se presentó ante la tienda de un vendedor de comestibles, del pueblo más cercano a la granja, situado a pocos minutos de ésta.

Escogió una magnífica longaniza y, poniéndosela bajo el brazo, salió tranquilamente de la tienda.

—¡Kh, señor soldado, que por ese precio no la doy!—gritó el tendero, furioso.

—Pues te habrás de conformar, por ahora, con no cobrar más... Te pagaré dentro de algún tiempo... Ahora no tengo ni un céntimo.

Subió a caballo y riéndose de la cara asustada que había puesto el mercader, se dirigió otra vez a la granja de su "novia".

¡Estaba muy contento!... Tener por mujer a la mora más galana del lugar... ¡Esa suerte sólo le podía caber a él!

Tasia había vuelto hacia ya bastante rato a la granja, y después de rezar ante una imagen, entretenía un repentino ocio leyendo el libro de un poeta del país, que soñaba en una humanidad nueva.

Yakitch y su mujer la riñeron de forma grosera, por perder el tiempo de modo tan lastimoso.

—¡Siempre lo mismo!—rugió la mujer—. ¡Ya sabes que te tengo prohibido leer esos libracos!

—La idea de mi padre es que me haga institutriz... Yo debo educar-

me y perfeccionar mis estudios — protestó Tasia.

—¡Tonterías! Para vivir no se necesita leer.

Y la maligna vieja, cuya instrucción no había pasado jamás del abecedario, cogió el libro, comenzó a arrancar furiosamente sus páginas y luego hizo con ellas un auto de fe, quemándolas en el hogar encendido. ¡Para que escarmentase Tasia! ¡Lo mismo haría con cualquier otro volumen que encontrase en la casa!

Tasia se echó a llorar...

Minutos después apareció el soldado Kara, llevando en la mano la larga longaniza.

—He aquí un buen suplemento para postres—dijo—. Ya veis que soy hombre de palabra. Traigo también mi caballo. ¡Una preciosidad!... Creo que saldréis ganando con el cambio...

Y señaló a Tasia, quien, atemorizada, junto al fuego, contemplaba al hombre que iba a ser su marido.

—¿Qué? ¿Seguimos tan enfadados como antes?—dijo Kara, riendo.
—¡Válgame Dios! ¿Qué voy a ha-

cer yo para que sonría esta criatura?

Acercóse a ella, pero Tasia se apartó más y más, repugnándole el perpetuo aliento de vino que despedía aquel hombre.

—¡Qué tonta eres! ¡Si te has de acostumbrar a mi compañía de todos modos! ¿Es que no me encuentras arrogante?—dijo, contoneándose en ridícula posición—. Pues bien, volveré pronto... y te maravillarás de mi transformación.

Lanzó una estúpida carcajada y se alejó, mirando a los Yakitch, que contemplaban la longaniza.

—Tú, vieja, vete cocinando mientras yo voy a la barbería... Regresaré en seguida... ¡Adiós, tú, perla!

Volvió a subir a caballo y encaminóse al trote hacia el pueblo.

Kara llegó a un establecimiento miserable, infecto.

En la entrada había un letrero despintado:

Barbería de Vasili

Se corta el pelo Se afeita
Extracción de muelas

El aspecto del local era pintoresco. En desvencijados sillones esta-

han los clientes, gente pobre y misera, que más que afeitarse hubiera necesitado tomar un baño de cabeza a pies.

En el suelo había tal cantidad de pelambre, que producía la impresión de una alfombra.

En un sillón se encontraba un vejete con la boca abierta, y ante él uno de los figaros, con las atormentadoras tenazas, procuraba arrancarle la muela del juicio.

Kara, sonriente, se brindó a efectuar la extracción, y, apretando con todas las fuerzas de su alma, logró arrancarle aquella muela careada, hundida en plena encía.

Contento de su éxito, y sin importarle el sufrimiento del parroquiano, avanzó hacia uno de los sillones y dijo a un hombre que esperaba ser afeitado:

—Cédeme el turno... que me esperan para casarme.

—Es que tengo prisa.

—Más prisa llevo yo... Conque, ¡vivo!

Como no era cuestión de disgustar a un hombre que estaba en vísperas de matrimonio, el otro se levantó y Kara ocupó su puesto.

—¡Aféitame la barba!—dijo al figaro.

Y diez minutos después, su cara aparecía completamente transformada, rasurada...

Nadie hubiera conocido en él al barbudo de greñas enmarañadas y feroces. Hasta había adquirido un aspecto menos brutal.

Fué a contemplarse ante un espejo y agradóse al ver sus limpias facciones.

Con una esponja se roció la cara, haciendo desaparecer las adherencias del jabón, y aun se puso en el enmarañado cabello unas cuantas gotas de agua de Colonia.

Como la botella oliese bien, y a alcohol, Kara echóse también unas cuantas gotas en la garganta, que le quemaron la carne como una bresa encendida.

¡Buena la había hecho! En un poco más se quema las entrañas... y ¡adiós el hombre!

Subió a caballo y se dirigió nuevamente a la granja.

Su sorpresa fué inconcebible cuando los Yakitch, desconsolados, le dieron la noticia. Tasia no aparecía por ninguna parte. Segura-

mente se había fugado y no volvería más. Se casaba a disgusto, y esto sería la causa de la huida.

Kara se enfureció al conocer tal jugarreta. ¿Conque a él, al novio, se le abandonaba, casi con la miel en los labios, cuando iban a efectuar la comida de boda?

¡Ah, mujeres! ¿Y aun había alguien que cree en ellas alguna vez?

—Voy a ver si encuentro a la palomita—dijo—; pero denme unas botellas de buen vino, para no hacer tan larga la jornada.

Le entregaron un litro de vino tinto, que Kara guardó bajo el brazo, y se dirigió en busca de la fugitiva.

Mientras avanzaba por los caminos del bosque, acariciaba la botella, y hasta algunas veces apuraba, a pequeños sorbos, aquel fuerte líquido.

¡Ah, demonio! ¿El vino sí que era una mujer que no engañaba nunca! En su verdadero amor, lo comprendía bien...

Salía más barato que cualquier mujer y no daba nunca disgustos. Y ahora, mientras sentía en su interior el dulce calor de aquel vino de altísimos grados, casi se arrepentía de querer unir su vida a la de una chica, esquiva y caprichosa.

Siguió avanzando... De pronto comenzó a llover, a desencadenarse una tempestad de agua como una cortina cerrada y espesísima.

Tapó al instante la botella. ¡Una gran desgracia, si se hubiera agitado su contenido!... ¡El agua... para los peces!

Pero como tampoco tenía muchos deseos de soportar aquel chaparrón, buscó afanosamente un refugio y viendo un compacto pajar, amarillento ya, abrió un huequcito en él y se encerró en la caliente e improvisada habitación.

Como la lluvia no escampase, pasó allí la noche, bebiendo todo el litro de vino y acabando por dormirse con el sueño fuerte de la embriaguez.



Tasia, apenada ante la idea de ser de aquel soldado de aspecto feroz, decidió escapar de la granja.

Mucho antes de que Kara volviera de la barbería, deslizóse por una de las puertas disimuladas de la casa, y huyó a campo traviesa, protegida por las sombras de una noche muy oscura.

Fué avanzando durante mucho tiempo por los campos, se detuvo a ratos para descansar, volviendo a reanudar el camino, sin rumbo fijo.

De pronto, comenxó a llover y la pobre muchachita se vió rápidamente calada de un agua espesa y furiosa.

Para colmo de males, oyó ladridos furiosos y escuchó el rumor de una jauría que avanzaba.

Encaramóse a la copa de un árbol y allí pudo librarse de la presencia de unos feroces canes, que alzaban la cabeza, como si protestasen contra aquella intrusa.

No muy lejos de allí estaba el pabellón de caza que pertenecía al rey y donde había ido a refugiarse durante la noche el gobernador, conde de Kantemir.

Había éste encendido buen fuego en el hogar y no se movería de allí hasta el día siguiente.

Fumando un cigarrillo, meditaba tristemente sobre varios acontecimientos de su vida.

Lo tenía todo, popularidad y honores... y aun más. Iba a casarse con la hija del rey.

Antes de marchar para ocupar su destino de gobernador en esta provincia de Oronow, se había concertado su enlace con la princesa Bárbara.

Kantemir no amaba realmente a la princesa. Sentía por ella un leve afecto, que en nada se parecía a la pasión; pero las insinuaciones de Bárbara y los deseos claramente expresados en la corte de que se casara con ella, le habían obligado, aun con una leve protesta de su voluntad, a ceder a aquel mandato.

Renunciar a la boda con Bárbara era perder la simpatía del rey, su protección, y acaso comenzar a ser víctima de una serie de persecuciones que acabarían con su ruina y su proceso.

Se casaría, ya que era imposible remediarlo. Y la nueva y alta posición le haría, tal vez, olvidar el desamor.

Estaba sumido en estos pensamientos, cuando oyó inusitados ladridos. Era, seguramente, la jauría del guardián del pabellón, que tenía su cabaña a poca distancia de allí.

¿Qué podía ocurrir para que dieran aquellos gritos desaforados?

Acometido por repentina curiosidad, salió del pabellón y, guiado por las voces perrunas, llegó hasta el árbol donde estaba Tasia, asustada por el poco grato recibimiento de las bestias.

Cuando el gobernador vió a la muchacha, obligó a marchar a los perros, y cogiéndola en brazos, la trasladó a su refugio.

¿Quién sería aquella criatura abandonada?

Ella, sin decir nada, pero creyendo reconocer en la obscuridad de la noche, aquellas facciones, se dejó llevar rendida por el cansancio.

La luz del bogar encendido, les hizo reconocerse mutuamente. Sonrió el conde al contemplar a la linda campesina de la granja, y ella se estremeció viéndose junto al oficial que la había defendido antes con nobles y atinadas consideraciones.

—Siéntese usted y tranquilícese —le dijo él, llevándola junto a los leños crepitantes.

La muchacha lanzó un hondo suspiro, moviendo el cuerpo con fricción.

—¡Muchas gracias!—dijo.—¡Qué bien se está aquí, después del frío que he pasado antes!

—Sí, la noche no convida a aventurarse por el campo... Pero, va usted chorreando, criatura de Dios...

—Llevo más de media hora tomando un baño... del cielo.

—Esto le sentará bien.

Le dió a beber una copita de licor y la joven sintió en su cuerpo un dulce y tibio fuego que retornaba.

Después quitóse los zapatos y la falda, quedando en enaguas.

Apresuróse el conde a envolverla con un abrigo, y la joven, más tranquila ya, fué sintiendo que el calor de la vida volvía a sus miembros entumecidos.

Después, ella se descalzó...

Kantemir la miraba suavemente, fascinado por la belleza cálida de aquella criatura... y no olvidaba que la habían querido casar, horas antes, por la fuerza...

¿Qué marido destinaban para esta muchacha suave, que, más que aspecto de campesina, parecía de maneras finas y distinguidas como las de una señorita de la corte que se

hubiera disfrazado por capricho con vestiduras campestres?

—Vamos a cenar — le dijo él—. Mientras se le seca la ropa y para de llover, usted me acompañará tomando algo.

—Gracias, ya cené...

—No importa... quiero que lo haga conmigo... Me encanta su compañía, Tasia. En este momento, me siento un hombre feliz, y dispuesto a servirla.

Los grandes ojos negros de Tasia se clavaron en él con un gesto interrogante.

¡Cuán simpático y atrayente era este militar, aunque perteneciese a los enemigos de su patria!... Pero, ¿cómo hacerse ilusiones? ¿No comprendía la distancia social que les separaba?

Sonrió y, poniendo sus viejos zapatos junto a las altas botas de montar del conde, le dijo:

—Seguramente existe más diferencia entre nosotros, que la que hay entre nuestro calzado.

—Rico o pobre... los dos tenemos un alma y un corazón.

Cenaron de modo frugal.

Las ropas de la joven se habían ya secado...

Ella quiso arreglarse el cabello, y Kantemir le sostuvo un espejo para que se alisara la mata negra, casi azul, de su cabeza.

Y aun él mismo acabó peinando la suavidad perfumada de aquellos cabellos oscuros.

Tasia se levantó para marchar.

El conde la detuvo con una sonrisa dulce:

—No se impaciente... aquí disfrutamos de un buen fuego, mientras que allá llueve. Ande, tome otra copita.

Bebió con deleite el licor y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—No llore, Tasia... Quiero que a mi lado olvide usted sus pesares.

—¿Cómo olvidarlos?... He de casarme con un hombre que me ha comprado a cambio de un caballo.

Kantemir acarició una de las manos de Tasia.

—¡Pobre!... Yo también... dentro de quince días... debo casarme con una mujer por la que no siento el menor cariño. ¡Ya ve cómo nos parecemos!

Tasia le miró con grandes ojos, en que parecía flotar una ilusión.

Kantemir murmuró:

—Usted es fina... instruida... una verdadera señorita... ¿Por qué vive en casa de esos rudos campesinos?

—La vida ha sido tan cruel para mí... —dijo Tasia—. Sí, soy algo instruida... Mi padre me dio una buena educación, pensando que algún día sería bailarina de la Opera.

Y evocó las escenas lejanas en el hogar paterno, cuando el viejo rasgueaba la guitarra y ella danzaba a sus acordes, haciendo el aprendizaje que pensaba la conduciría a la gloria... Ahora, en cambio...

Se enjugó una lágrima y prosiguió:

—Hace tres años... la guerra estalló... Mi padre fué hecho prisionero... y yo me encontré sin parientes... sin amistades... sin nada en el mundo... Y tuve que refugiarme, como mísera criada, en la granja de los Yakitch.

El conde, muy conmovido, interrumpió:

—Tal vez las cosas cambien...

—Espero que cambien hace tanto tiempo... ¡y no cambian!... ¡Ah!



[Era una muchacha de piel morena, de ojos ardientes...



-Traeré el caballo y algunas otras cosillas-



—¿Qué daño ha hecho para que la trate tan mal?



...después de rezar ante una imagen...



—¡No quiero que se vaya!



— ¡Tasia! ¡Estoy loco por ti!



...sonriso dulcemente a un marido.



—...después actuaremos lo más rápidamente posible.

¿por qué a mi padre, que fué un valiente soldado, se le trata de ese modo?... ¿Por qué mi patria sufre?

—Quizá una amnistía pronto le devuelva a su padre...

—Lo dudo... Es muy difícil resistir largo tiempo el duro régimen de los trabajos forzados.

—No pierda las esperanzas... Acaso lo que usted pide no está muy lejos...

—¿No, no lo está?—exclamó Tasia, con los ojos repentinamente furiosos—. Millones de seres, sólo esperamos una señal para levantarnos a defender nuestra patria martirizada.

El conde hizo un gesto de sorpresa. ¿Cómo? ¿Alguna intentona revolucionaria? Arqueó las cejas con repentino temor; pero desechó su disgusto, creyendo que las palabras de Tasia eran dictadas únicamente por el deseo.

Tasia pareció comprender el mal efecto que había causado su declaración ante uno de los opresores, y dijo:

—Tengo miedo... probablemente he dicho más de lo que debía... y ni siquiera sé quién es usted.

—Soy un amigo suyo — dijo el conde—. Un hombre que adora a usted desde que la vió.

Besó su mano; pero Tasia la apartó con corrección.

—No, no siento odio por usted — dijo ella con dulzura.

—¿Tasia!...

Pero la joven, calzándose repentinamente y poniéndose la falda, abrió la puerta y se dispuso a salir.

—¿No quiero que se vaya!—gritó el conde—. Sigue lloviendo aún... Debe usted pasar la noche aquí... Usted no me odia...

Ella vaciló; se sentía atraída y seducida por el arrogante mozo.

Y decidióse a cerrar otra vez la puerta.

—¿Tasia... mi Tasia!

Y abrazándola estrechamente, el conde le dió un largo beso en los labios.

Ella le rechazó, atemorizada, asustada, queriendo huir; pero sintiéndose atraída por cierto misterioso afecto que le inspiraba el militar.

—¡Oh, perdóneme!—dijo el conde, dejándose caer en un sillón—.

¡Soy un loco!... Me he dejado dominar por un momento de pasión y... ¡Pero la quiero a usted tanto, Tasia!

—Si sigue usted hablándome así, me marcharé...

—¡No se vaya!... Callaré... ¡Seré su guardián!... Mire, voy a prepararle un lecho...

Cogió una larga y mullida piel de oso y la extendió en tierra.

—Aquí podrá descansar.

Sonriente, Tasia, fué a ocupar aquel sitio.

Estaba preocupada, anonadada... Se sentía también vencida por aquel

hombre joven, el primer ser que le interesaba en el mundo del amor... Sus ojos miraban fijamente las llamas que la brisa de la chimenea agitaba como lenguas de sangre.

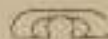
El conde se acercó a ella.

Volvió a enlazar sus manos.

—¡Tasia!... —suplicó—. ¡Estoy loco por ti!... ¡Palabra!... ¡Cómo me has embrujado esta noche!... No, tú no eres una campesina... eres más... eres casi una reina... ¡Mi reina!

Volvió a juntar sus labios con los suyos.

Ella cerró los ojos con languidez... Esta vez, ya no le rechazó...





Amanecer...

Tras la noche de lluvia apareció un día claro, despejado, de hermosos cendales azules...

El soldado Kara despertó en el pajar con un terrible mal gusto en la boca; el castigo que sigue al pecado de la embriaguez.

Desperezóse lentamente, de malísimo humor. Vió que la botella estaba vacía. El litro había desaparecido por entero hacia el tonel, cada vez más voluminoso, de su estómago.

Pasó allí largo rato, como si no acertara a coordinar sus ideas... Rechazó lejos de sí la botella, que despedía aún el olor del vino causante de todos sus males.

Ahora, en aquel instante, le daba asco beber.

Bien decía el cantar:

*Cuando llega la mañana,
te aborrezco.*

—¡Me has hecho olvidar hasta mi boda!—exclamó.

Mientras tanto, Tasia, después de haber pasado toda la noche en el pabellón de caza, acababa de salir de él, dejando dormido al oficial.

Comprendía que era absurdo pensar en el amor de este hombre... Había sido un momento de locura lo que la llevó a sus brazos. Ahora, pensando normalmente, se acusaba de su imprudencia.

Y abandonó el pabellón con el ánimo de alejarse de aquellos contornos e ir a formar su vida en otro paraje distinto, lejos de todos aquellos recuerdos agradables y desagradables de su existencia.

Sí, ella se sentía enamorada del oficial; pero aquel amor le parecía imposible... Y pondría tierra por medio para evitar que continuase una pasión perjudicial.

La luz matinal había serenado su espíritu, animándole a una nueva vida.

Y de pronto, junto a un pajar, en medio del camino, descubrió al soldado Kara.

Su primer intento fué escapar; pero luego se mantuvo al lado de aquel hombre, sorprendida por la transformación que éste había experimentado.

No llevaba barba, y su aspecto era ahora mucho menos feroz que antes.

Kara, al verla, se echó a reír y le dijo:

—¡Hola, buena pieza!... Conque no quieres casarte conmigo, ¿eh?

La joven negó en silencio... y Kara se echó a reír con una sonrisa tranquila.

—Mira, Tasia — dijo—. Tal vez tengas razón... Lo he estado meditando... Yo tampoco quiero casarme... Anoche, no sé en lo que estaría pensando... pero a mí, francamente, la vida de matrimonio, no acaba de convenirme... No te enfadas por ello, ¿verdad?

—Kara, ¿es esto posible? — dijo, casi desfalleciendo de dicha.

—Sí, está decidido... Mejor es que no nos casemos... Se suicidarían demasiadas mujeres cuando se enterasen.

Y siguió riendo a carcajadas.

—¿Hablas de veras?

—¡Ya lo creo! ¡Estás libre, Tasia!... No te volveré a molestar... Es muy pesado eso de vivir siempre con una mujer... Prefiero estar libre... solo...

Y siguió Kara haciendo consideraciones sobre su nuevo modo de pensar.

Aquel hombre veleidoso rechazaba todo intento de boda. Con la misma fuerza con que antes, la noche anterior, se quiso casar, ahora huyó de la idea de aquella boda, casi imposible.

Tasia le dijo:

LA BAILARINA DE LA OPERA

—Te estoy agradecida, Kara... Yo también deseo vivir soltera...

—Demasiado que lo vi ayer, ton-tuela...

—No hubiéramos sido felices...

—Bueno, voy en busca de mi caballo, antes de que despierte el fulano a quien se lo robé—dijo—. Pero, oye una cosa, ¿me guardas algún rencor por la calabaza?

—¿Yo, rencor? ¡No, hombre, no... de ningún modo! Además, ahora me pareces mucho mejor que ayer. Tienes un gran corazón... y yo no me

había dado cuenta... Y, sin barba, estás más guapo... palabra.

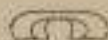
—¡Ya lo creo!... Eso me dijeron anoche y de satisfacción me pusieron como una uva.

Se levantó.

Tasia le miraba asombrada. Aquel hombre casi infantil, no parecía el mismo de antes.

Confiada, se puso a su lado, y los dos echaron a andar por el camino.

Parecían dos camaradas.



Llevaban algún tiempo andando, cuando les llamó la atención, junto a una casa, un grupo de soldados que cavaban un hoyo. Una cruz de madera estaba tirada al suelo, y todo producía la impresión de que iban a enterrar a alguien.

Acercáronse para informarse de lo sucedido, y un soldado dijo un nombre que hizo estremecer a Tasia:

—El que vamos a enterrar, es un tal Aitar Malkoff. Lo llevábamos de una prisión a otra más dura aun, pues había intentado evadirse de donde estaba... Por el camino se nos ha muerto...

Tasia lanzó un grito de horror... Aquel Aitar Malkoff era su padre,

su propio padre, que pasaba la vida en la terrible crueldad de las cárceles de los opresores.

Comenzó a llorar con terrible desesperación, preguntando dónde se hallaba su padre.

—Está allá, en aquella casa... Le trasladamos del trínco... y allí quedó.

La pobre muchacha corrió hacia el caserón, seguida de Kara.

Allí dentro había soldados, paisanos...

El teniente Taranoff, que había dirigido el cambio del prisionero, contempló con cierta emoción a Tasia, la inflamada patriota de otros días.

Acercándose a ella, la cogió suavemente por la mano, y le dijo:

—¡Pobre niña!...

La acompañó hasta el lecho donde reposaba, con la serenidad de la muerte, el pobre patriota.

—¡Padre, padre mío! — gimió la desesperada chica, besando el rostro afilado de Aitar.

Detrás de ella se aglomeraban un grupo de personas, entre ellas, el teniente Taranoff y el soldado Kara.

Ambos hombres se sentían disgustados por el fin de aquel pobre viejo, encanecido por el sufrimiento. Y como los dos, a pesar de su uniforme de soldados del rey, eran partidarios de la libertad de Oronow, sentían también una profunda pena.

—¡Yo te vengaré, padre mío! — siguió diciendo la muchacha—. ¡Yo te vengaré! ¡Tu muerte no quedará impune!

Estas palabras hicieron sonreír al escritor Sasoff, que también se hallaba allí con el teniente. Y murmuró al oído de éste, con honda satisfacción:

—Personas así son las que necesitamos. ¿No le parece?

—Déjemela para mí...

—Procure convencerla de que es necesario...

—Bien... bien...

Suavemente cogió a Tasia y la apartó del cadáver de su padre.

La pobre muchacha, extática por el terrible e imprevisto dolor, se dejó conducir por el teniente al otro lado de la habitación.

Kara la miraba con cierta piedad.

¡Pobre mujer!

El teniente Taranoff, mirando fijamente a Tasia, le dijo:

—Yo puedo ayudarte a vengar a tu padre...

—¿Usted?

—Sí!... Si tú lo quieres...

—¡Pronto!

—Pues bien... Yo te guiaré hasta el hombre que ha causado su muerte... Es el gobernador, conde de Kantemir, quien dispuso fuese trasladado a otra prisión más rigurosa...

—¡Ah, el canalla!

Y levantó el brazo en actitud de furor, sin poder adivinar que aquel

hombre del que se disponía a tomar
sua venganza, era el mismo cuyos
besos la habían hecho feliz pocas
horas antes.

El teniente puso en sus manos
un revólver...

Siguió hablándola en voz muy
baja.

Concertaron el plan.

Tasia juró vengar al caído, aun-
que tuviese que matar...

Vida por vida; éste era su lema.
Aquel malvado gobernador de
Oronow caería bajo su brazo impla-
cable y vengativo.

—¡Te lo juro, padre mío! — dijo,
extendiendo sus brazos hacia el di-
funto.



Pasaron dos semanas.

Aquella mañana se celebraba en la capital el matrimonio de la princesa Bárbara con el conde de Kantemir, gobernador de la provincia de Oronow.

El conde iba contra su voluntad a aquel casamiento; pero era irremediable su resolución.

No podía volverse atrás; sería considerado aquello como una burla a la persona del rey, y no lo tolerarían.

Pero si hubiera podido hacerlo... ¡Tenía tan grabadas en el alma las facciones de aquella criatura del campo, Tasia, que supo embriagarle con el néctar puro de sus besos!

¿Por qué le había abandonado tan de repente?

En vano, cuando despertó, aquella mañana, en la cabaña, la buscó por todas partes, volvió a la granja... pero nadie le supo dar razón.

Indagó; no logró averiguar...

Y tuvo que volver a la capital, llevando en el alma la melancolía de aquel amor efímero, que había pasado como un vuelo de ave en el azul.

Por fin, llegaba el día de la boda.

Día de gala.

En el palacio se efectuaba el casamiento, ante toda la realeza y los cortesanos, que vestían sus uniformes de gala y llenaban la capilla de

un maravilloso derroche de luces y sedas.

El obispo hendió la unión.

La princesa Bárbara estaba monísima, y hasta esto mismo tuvo que reconocer el conde, complaciéndose en que su esposa fuera una criatura de belleza singular.

El órgano tocó una marcha triunfal en el momento de la bendición, después que el conde puso su aro de alianza en el dedo anular de la mano izquierda de la princesa.

Los reyes sonreían... Pensaban en todo lo que significaba aquella boda... Bárbara era su única hija, y aquel matrimonio prometía la continuación de la raza real, la probabilidad de un nuevo heredero para el trono.

Luego, bajo un dosel de desnudas y brillantes espadas, desfilaron los novios y los invitados.

El pueblo se arremolinaba en el fondo de la capilla, ansioso de ver con sus propios ojos el maravilloso espectáculo de la corte, de gala.

Entretanto, los conspiradores, los que soñaban con la libertad de Oronow, no perdían el tiempo.

Tasia, con el teniente Taranoff y

otros revolucionarios, se hallaba en la capital hacía varios días.

Habían llegado allí, después de haber enterrado al padre de Tasia y jurado ella vengar la memoria del sacrificado.

Taranoff introdujo, burlando la vigilancia de la guardia, a Tasia en el alcázar real.

Puso en sus manos un revólver.

Debía disparar contra el conde de Kantemir, responsable de la muerte de su padre.

Aquel crimen sería la primera señal de sublevación. Poco después, las gentes de Oronow se levantarían en armas, jugándose el todo por el todo en su lucha contra las tropas reales.

Tasia ardía en deseos de venganza...

Fué avanzando, solitaria, por las habitaciones interiores del palacio, hasta que consiguió ocultarse detrás de una amplia columna de uno de los saloncitos.

El dormitorio de los recién casados, no estaba lejos de allí. Podría, pues, aprovechar la ocasión.

Taranoff la esperaba en la calle, en un automóvil cubierto, para

huir, después de realizado el delito. No había tiempo que perder, puesto que la vida les pendería entonces de un hilo.

Vió Tasia, a lo lejos, desfilas a la comitiva, en dirección a la estancia nupcial.

Ocultas, no se atrevió a disparar. Era preciso aprovechar un momento más favorable.

Había demasiada gente... y sería cogida sin remedio, y tal vez asesinada allí mismo.

Un poco de paciencia.

Ajenos al inminente peligro, la princesa y el conde fueron a la alcoba nupcial, con los reyes, altos palatinos y el obispo.

Según un rito del país, era preciso bendecir también el lecho matrimonial.

Severo, el obispo rezó unas oraciones, bendijo el tálamo y, después de hacer lo mismo con los cónyuges, marchó con el resto de la comitiva, cerrando las puertas.

Bárbara sonrió dulcemente a su marido, y Kantemir, que por un momento había pensado en Tasia, contempló con alegría a su esposa,

que estaba adorable con su vestido de novia.

Entraron unas doncellas para desnudar a la novia y Kantemir salió un instante de la estancia.

Avanzó por el saloncito y fué a sentarse en un sillón.

Se disponía a fumar un cigarrillo, cuando vió un bulto que avanzaba hacia él, y súbitamente presintió la existencia de un grave peligro.

La habitación estaba casi a oscuras. Esquivó la presencia de la extraña y misteriosa sombra y al propio tiempo pasó ante sus ojos un fogonazo y escuchó una seca detonación.

Kantemir era valiente, uno de esos hombres acostumbrados a afrontar las más difíciles y terribles circunstancias.

Comprendiendo que era preciso no perder tiempo, lanzóse valerosamente contra aquella figura humana, consiguiendo desarmarla y llevándola de un violento tirón junto a unos candelabros encendidos.

Se escuchó un doble grito de estupor, de emocionante sorpresa:

—¡Tú!

—¡Tú!

Y Tasia y Kantemir contempláronse horrorizados, al verse frente a frente.

—¿Es posible que hayas armado tu brazo para matarme? — rugió el conde, cogiendo a la adorable criatura y zarandeándola.

El asombro de Tasia era todavía más intenso que el de él. Sus dientes castañetesaban.

—¡Dios mío!... — suspiró—. ¡No sabía que eras tú!... ¡No lo sabía!... ¡Oh, si hubiera conocido la verdad!

—¡Desgraciada!

Y la miró con piedad, compadecido de aquella mujer que había querido matarle por inexplicables causas y que unas semanas antes había sido suya.

—¿Qué iba a hacer yo?—gemía la muchacha —. ¡Perdóname, Dios mío!

Se escuchaban cercanos pasos. Eran los servidores de la corte, que corrían veloces por las salas, ávidos de averiguar los motivos de aquel disparo de mal agüero.

El conde de Kantemir se dió cuenta del peligro que corría aquella mujer, que ahora se acurrucaba

junto a él, como buscando protección.

—¡Estás condenada a morir!... ¡Huye... pronto... escapa!... ¡Yo no te descubriré!

—¡Pobre de mí!

—Márchate... Y, algún día... en alguna parte... nos encontraremos de nuevo.

Y, sin poder contener el impulso de su alma, la abrazó y la besó en los labios, en caricia rápida y divina.

—¡Pronto... por aquí!

Le abrió una disimulada puertecilla y la muchacha escapó a toda prisa, logrando salir del palacio sin ser vista por la guardia, que rondaba ahora por el interior.

Tasia subió al coche de Taranoff y dejóse caer a su lado, en el asiento, reclinando la rendida cabeza en el almohadón.

—¿Y qué?—preguntó el teniente.

—¡Nada!... ¡Fracasé!

—¡Maldita sea!... ¡Tan bien como lo teníamos!

—Me descubrieron... tuve que escapar...

Iban cayéndole las lágrimas rostro abajo. ¡Y ella había querido ma-

tar al hombre que constituía la única ilusión de su alma!...

Taranoff dijo:

—Tú no tienes la culpa del fracaso... No importa, no hay que desanimarse... Otro día le alcanzaremos... Pero ahora, para mayor seguridad, te encomendaré a mi hermano, el director del Teatro de la Opera.

—¡Gracias!...

—Y no temas... Huye... Volverás cuando la situación sea favorable a nosotros.

Pero ella no le oía...

Seguía llorando silenciosamente por lo que había hecho y por lo que de modo irremisible había perdido también.

¿Cómo iba a suponer nunca que aquel rendido amante de la cabaña, el que acertó a descubrir en su corazón las ternuras del ensueño, fuese tan alto, tan inaccesible personaje?

Sí, considerándole oficial, ya le

veía como una cosa lejana y que difícilmente nunca podría obtener, ahora, al descubrir toda la verdad, había perdido hasta la postrer esperanza.

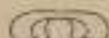
Y, mientras tanto, allá, en el Palacio real, los palatinos y cortesanos se interesaban por el origen de aquel disparo.

El conde explicó que nada había visto, a excepción del fogonazo, que cruzó como un rayo la estancia.

Acudió, asustada, la princesita Bárbara, y se abrazó a su marido, cuya existencia había estado en peligro.

Los dos, cogidos del brazo, se dirigieron a la estancia nupcial... Y el conde de Kantemir tuvo que fingir la comedia de un carifio que no sentía, pues su alma volaba de nuevo hacia la extraña agresora, que primero le había dado el amor y luego pretendió enviarle la muerte.

No la olvidaba... Deseaba que pudiera huir sin peligro...



Y de la noche a la mañana cambió la situación... Los vencidos se levantaron en armas, franquearon la frontera y comenzaron a luchar para la reconquista del territorio anexionado al invasor.

Y como si aquella partida de voluntarios fueran los iniciadores del gran movimiento de libertad patria, los habitantes de Oronow secundaron el esfuerzo de los soldados sudistas, levantándose a su vez en armas contra el extranjero que oprimía el territorio.

El enemigo avanzó arrollándolo todo, como una ola destructora contra la que fuera imposible defenderse.

El primer empuje hundió las líneas, y las tropas tuvieron que retroceder, ordenadamente en algunos sitios, de modo desordenado y violento en otros, perdiendo material de guerra y dejando en el camino a muchos soldados exhaustos.

El propio rey, que dirigía las operaciones, había ordenado la retirada en todo el frente.

Uno de los sectores de la región de Oronow estaba defendido por el propio gobernador conde de Kantemir, que había tenido que abandonar las relativas delicias de su luna de miel para ponerse al frente de sus aguerridos soldados.

Se recibían noticias pesimistas de

otros lados de la línea, que acusaban el retroceso de las tropas sojuzgadoras y de que el pueblo se unía a sus soldados para proclamar de nuevo la independencia del país.

Cuando Kantemir recibió la orden de retirarse, protestó enérgicamente, entre un grupo de oficiales.

Le parecía absurda aquella determinación.

—¿Por qué batirse en retirada? Hay que resistir hasta lo último. Nosotros estamos aún frescos y podemos dar mucho que hacer.

—Es disposición de Su Majestad —le contestó un emisario—. La situación se va agravando por momentos... Todo Oronow se ha levantado en armas contra nosotros, y corremos peligro de ser copados.

—Pensémoslo bien... y después actuaremos lo más rápidamente posible —dijo, despidiéndose del oficial y regresando a su mesa de trabajo.

Pero pronto se tuvieron que convencer de que la orden del rey debía acatarse de modo inexorable.

Poco antes de levantar el campo, recibió el conde de Kantemir un

mensaje telegráfico que le dejó anonadado, rendido por la emoción.

Decía así:

Guarniciones enteras pasadas al enemigo. Princesa Bárbara asesinada.

Largo rato tuvo aquel papel entre las manos y volvió a leerlo otra vez, pareciéndole aquello un absurdo.

Pero, ¿era posible?

Reaccionó contra su abatimiento. Era preciso levantar el ánimo, serenar el corazón, no llevar a la ruina a todo el ejército y realizar la retirada en las condiciones más ventajosas posibles.

¡Pobre Bárbara!

¡Desgraciada princesita de sonrisas suaves, nacida para una existencia de lujos, y que de pronto se veía sumergida en el abismo de la muerte!

El conde se preguntó unos momentos si realmente la amaba. La contestación fué rápida e inflexible. No. Había casado con ella por conveniencias de corte, pero hubiese acabado, acaso, queriéndola, de no

ponerse en medio la otra, la que tenía en sus manos la muerte y el amor.

Kantemir sintió con toda su alma la desaparición de la princesa. No pensó en que aquella circunstancia le dejaba libre el corazón para poder fundar un nido de verdadera ventura. Sólo vió la sonrisa grata y feliz de Bárbara, que había abandonado este mundo con la plena confianza de ser querida por el esposo.

—¡Pobre muchacha!

Pero, comprendiendo sus deberes militares, no volvió a ocuparse de aquel dolor, y se dispuso a no ser otra cosa que el jefe que tiene sobre sí el concepto de la responsabilidad y de la vida de sus soldados.

La retirada fué dificultosa... El

enemigo atacaba con los bríos de sus continuos éxitos.

Constantemente, entre el paisaje nevado de la estepa, caían bultos negros, cuerpos humanos como vegetaciones tristes y solitarias.

La Cruz Roja no tenía tiempo ni medios suficientes para acudir a remediar todos los males.

Allá quedaban muchos hombres, agonizando con lentitud y con los ojos fijos en un cielo estrellado que parecía contemplar con sus claros diamantes las tristezas de los pobres humanos.

Y seguía la retirada... y se iba perdiendo terreno... y cada vez eran más a morir.

Del ejército del conde no quedaba más que un espectro. Caían en cuadro, como héroes, como mártires, santificados por el valor.





...pudo debutar en la capital...



...ballaba de modo maravilloso.



¡Desgraciada princesita de sonrisas suaves!



—¿Has olvidado nuestras desgracias?



- ¡No pueda odiarle!



— ¡Vienen a matarte!



—¿Tienes aún el valor de presentarte ante mis ojos?



Marchaban con la alegría de su amor triunfante...

Días después, los vencedores eran ya dueños de casi toda la tierra natal, reconquistada.

Ciudades y aldeas habían caído de nuevo bajo el poder de los antiguos dominados, y se alzaban al cielo ardientes himnos de libertad.

En uno de los pueblos reconquistados, se hallaban varios soldados convertidos ahora en jefes del movimiento.

Kara, el antiguo soldado de las tropas del rey, era uno de los directores de las fuerzas vencedoras y tenía una sonrisa de triunfo en los labios fuertes y oscurecidos.

Acompañado de otros militares, bebía continuos bocks de cerveza,

brindando por la patria reconquistada y feliz.

La antigua nación de Oronow recobraba su independencia, entrando a formar parte del concierto de los pueblos soberanos.

Se reía y se cantaban todos los himnos y canciones populares que affuían a los labios de manera casi inconsciente.

Un militar leía una revista frívola, contemplando, con grandes gritos de admiración, las fotografías de hermosas y célebres artistas.

De pronto, lanzó un grito de júbilo, y dijo a Kara, señalando una de las fotografías:

—¡Qué mujer tan encantadora!

Kara tuvo entre sus manos el papel y contempló con viva curiosidad el retrato.

Era el de Tasia, convertida en bailarina de la Opera.

Por un momento parecieron ensombrecerse sus ojos; pero de nuevo se aclararon y se echó a reír con una gran carcajada bondadosa.

—¿La bailarina Tasia?... La conozco... He hablado bastante con ella.

—¿Tú? No exageres, querido... Ya sabemos que estuviste metido en el campo, y allá no nacen flores tan preciosas.

—¿Y qué sabes tú? Pues, fué allá, en pleno campo, donde la vi por vez primera... Porque esa bailarina que ahora triunfa tan maravillosamente en la capital, ha estado a punto de ser mi mujer...

—¿Tu mujer? ¡Ja, ja, ja!...

—¡Qué bromista!

—¡Dice su mujer!...

—¿Cuánta cerveza has bebido hoy, Kara?

—¡Tu mujer! ¿Qué más querías tú, que una buena moza como ésta.

que habrá tenido por enamorados a príncipes y reyes, se hubiese interesado por ti?

Y seguían haciendo burla de él, y todos aquellos hombres, cuyas compañeras eran horrendamente vulgares, no podían creer verídico que aquel rudo jayán hubiera tenido amores con una criatura que debería oler a azucenas y a rosas de primavera.

Kara se enfureció:

—Pues, os doy mi palabra de que digo verdad... Yo no miento nunca. Tasia se hubiera casado conmigo... pero yo le di últimamente calabazas... Preferí la libertad; vale mucho esto...

Todavía surgieron nuevas y ocurrentes burles contra el soldadote rudo y brutal, pero Kara ya no pareció disgustarse, y, llenando de nuevo una copa de cerveza, exclamó:

—¿Qué me importa que me creáis o no?... No por eso mataría la verdad de mis recuerdos... Y, ¡sal!... que si yo hubiera querido... Pero no me ha convenido... Prefiero ser solda-

LA BAILARINA DE LA OPERA

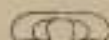
do y asistir a cien combates, que vigilar a mi mujer entre los bastidores de un teatro... Es gracioso... Y, sin embargo, si yo se lo hubiese propuesto...

Para olvidar, se bebió el jarro en-

tero de cerveza, y aun repitió de nuevo la libación.

¡Al diablo con las mujeres!

Y siguió bebiendo, con la embriaguez del hombre que quiere ahogar un recuerdo ingrato.



Tasia había logrado plenamente un gran triunfo. Desde el día en que Taranoff la recomendó a su hermano, que era el director del Teatro de la Opera, quedó realizada su fortuna.

Triunfante la revolución, nadie se acordó ya de perseguir al que había agredido al conde de Kantemir, y Tasia, libre de toda sospecha, pudo debutar en la capital tras algunas lecciones de coreografía.

Tenia estilo, bailaba de modo maravilloso. Las enseñanzas de su padre daban ahora sus espléndidos frutos, y Tasia supo, el día de su debut, de todas las emociones y del sonido grato que tienen los aplausos.

Y cada noche recogió una perla para el collar infinito del triunfo, y a medida que pasaba el tiempo, llegó a ser la bailarina famosa, que llevaba a gentes de toda la nación para contemplar sus danzas exquisitas y su cuerpo soberano.

En la vorágine de su arte, Tasia olvidaba su tristeza sentimental, el amor perdido para siempre...

Sabía que la esposa del príncipe había muerto, pero consideraba imposible una unión que nada grato podía anunciar.

Y al arte dedicaba todos sus esfuerzos y todas sus actividades, procurando envolverse en su manto para no ver una eterna pesadilla ante sus ojos.

Kara había logrado efectuar una escapada a la capital, y lo primero que hizo aquella noche fué ir al Teatro de la Opera, para contemplar con sus propios ojos a la danzarina triunfante.

Se enterneció al verla girar en escena, entre reflejos de plata y oro.

¡Cuán hermosa era! Le parecía todavía más interesante que antes, cuando estaba en la campiña.

Si algún día se quisiera casar, elegiría a aquella mujer. Y al decir esto, en el rostro del soldado apareció una sombra de melancolía.

¿Si se quería casar?

Plegó en los labios una sonrisa de amargura, de honda pena. ¡Ah, ahora que no tenía delante a los soldados que hubiesen hecho burla de él, se confesaba a sí mismo la verdad!...

El había rechazado, tiempo atrás a Tasia, era verdad, le había devuelto su palabra de casamiento; mas, ¿por qué?

Cierto que lo hizo por propio impulso, porque comprendía que para un soldado, la mejor compañera es la libertad. Pero si no hubiera sido así, si hubiese insistido en aquel

matrimonio, ¿qué sería Tasia para él?

No se hacía ilusiones. Sabía la repulsión con que ella le trataba anteriormente, conocía el odio de sus pupilas cuando Kara se empeñó en hacerla su mujer.

¡Nunca hubiera sido suya de verdad, nunca!... Acaso fuera su esposa, pero de una manera obligada, contra su propia voluntad, teniendo el alma muy alejada de todos los transportes pasionales.

¡Ah, mala suerte! ¡Y qué contenta se había puesto Tasia cuando, aquel amanecer, él la dijo que no quería casarse!

¡Cómo reía la coqueta, repentinamente feliz, cual si se hubiera quitado de encima una pesadilla asfixiante!

Y el pobre Kara, ruda carne de soldado bajo la que latía un corazón ávido de amor, sufría y se enternecía al evocar tan dolorosos recuerdos.

No, no estaba hecha aquella criatura para él... Aquel plato se había cerrado para siempre a su paladar.

¡En fin, era preciso resignarse! En la guerra, había encontrado Ka-

ra la suficiente dosis de olvido para hacer más llevadera su situación y considerar a aquella mujer como un sueño sin importancia.

Ahora, viéndola actuar en escena, aclamada por millares de manos, se sentía todavía más alejado de ella que nunca... Les separaba una distancia terrible; él, aunque ascendido a jefe, no dejaba de ser el mismo hombre rudo y feroz, y ella, en cambio, se había elevado sobre su propia obra de belleza, apareciendo mágicamente una diosa ante los ojos de los humanos.

Quiso cobrar ánimos y olvidarse por entero de que Tasia hubiera podido ser su mujer.

Y cuando terminó la función, se dirigió tranquilamente a los camerinos de los artistas.

Estaba mareado; este ambiente le hacía perder la cabeza y estaba más nervioso que cuando se encontraba en el frente de batalla.

Veía a las bailarinas del coro, con sus piernas desnudas y pulidas, de tonos de todos los colores, desde el rubio aterciopelado al moreno mate y obscuro.

Llamó a la puerta de la estrella

de moda. Se oyó una voz suave que autorizaba la entrada.

Kara abrió la puerta y avanzó riendo hacia Tasia.

La muchacha, que iba envuelta en un hermoso mantón, lanzó un grito de sorpresa al ver a aquel antiguo conocido de los días tristes, y corrió a su encuentro.

—¡Kara!

Estrechó fuertemente su mano. Sentía por este soldado, que por propia voluntad la había dejado libre, un verdadero agradecimiento. Y se alegró de verle en su camerín.

—¡Tasia! — dijo el soldado, paseando su mirada por la estancia, muelle y lujosa—. ¡Qué cambio ha dado tu vida!... Esto no se parece en nada a la granja de los Yakitch, ¿verdad?

—No me hables de ello. Siéntate, Kara... Para ti, también la vida ha sido buena, al parecer. Has ascendido, ¿verdad?

—Soy coronel.

Tasia cogió el gorro de piel que cubría la cabeza de Kara y se lo encasquetó, echándose luego a reír.

—Dime, ¿cómo van esas operaciones militares?—preguntó.

—Viento en popa... ¡Treinta mil prisioneros ayer!

—¡Magnífico! ¡Todo nuestro país es libre ya!

—Y para siempre... A mí no me ha ido mal la guerra, ya ves, he ganado buenos ascensos.

—Los mereces.

—Todos lo merecemos. Hasta el harbero ha sido ascendido a capitán en el campo de batalla.

—¿Aquel pobre hombre?

—Es un héroe... Y ese asno de Yakitch ha resultado también otro héroe... Ahora es sargento.

—¡Yakitch!

Ese nombre la estremeció, haciéndola recordar los días amargos pasados en la granja, todo el infinito suplicio de aquellas horas de tortura.

—No hablemos de cosas tristes—exclamó

—Es verdad. Hay que alegrarnos, que esto no cuesta dinero. Pero, ¿qué tienes ahí?

Vió sobre la mesa una botella de champaña y se dispuso a apurarla. Sus ojos se encandilaron ante aque-

lla voluptuosidad que le brindaba la ocasión.

—No bebas—dijo ella, deteniéndole el brazo—. Te perjudica... Si pudieras servirme siempre de la inteligencia serías el hombre más grande del mundo.

—¡Bah! ¡Tengo ya dos metros y medio!—contestó riendo—. Pero para complacerte, no beberé... Sin embargo, creo que no me privarás que fume un cigarrillo. ¿Te parece que el tabaco puede impedirme creer?

—Fuma con tranquilidad.

Mientras saboreaba un cigarro, vió un retrato sobre el tocador.

Lo cogió con mano temblorosa y dijo, a tiempo que por sus ojos pasaba un relámpago de violenta ira:

—¿Cómo es que guardas aquí el retrato de ese condenado gobernador, jefe del ejército enemigo?

Ella bajó la cabeza y guardó silencio.

—¡Contesta! ¡Tira esa fotografía del miserable Kantemir!

Y su rostro adquirió la expresión ruda y feroz que tenía ante el enemigo.

—¿Has olvidado nuestras desgracias? — prosiguió diciendo— ¿No recuerdas ya la muerte de tu padre?

Tasia se estremeció... Todo lo recordaba, en efecto... Kantemir era uno de los principales enemigos de su patria, de su gente, uno de los antiguos opresores, pero... ¡ay el amor!

—¡Yo no puedo odiarle!—respondió, mirando el retrato de Kantemir.

Kara se levantó y le arrebató de un manotazo el gorro.

—¡Si no fueras tú quien me dices eso!—exclamó.

—¡No puedo odiarle!—repitió firmemente.

—Claro, te habrás enamorado de él... Qué asco me dáis todas las mujeres. ¡Puah, me marchó!... ¡Pero ese miserable de gobernador!... ¡Si algún día cae en mis manos!

Y su expresión fué de odio sal-

vaje en que había algo más que la hostilidad al enemigo de la patria. Existía también el odio del celoso, la rabia ciega contra el rival afortunado; la ferocidad contra el hombre que se hace dueño de lo que amábamos más.

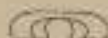
Abandonó velozmente el camarín y se dirigió al teatro...

Cuando Tasia quedó sola en su habitación lanzó un hondo suspiro. ¿Cómo había hecho sufrir a aquel pobre hombre! Pero, ¿qué hacer, cómo luchar contra el amor que está por encima de nosotros?

Miró con deleite aquel retrato y lo estrechó contra su corazón.

Tal vez no viese más a Kantemir. Pero en el fondo de su alma resonaban aquellas palabras que él pronunció una noche y que le causaban el efecto de una música divina:

"Algún día... en alguna parte... nos encontraremos de nuevo."



Unos días después estaba reunido el Comité de defensa nacional, entre cuyo número de miembros figuraban ahora Taranoff, ascendido a general, y Kara.

Se comentaba animadamente el éxito cada vez más poderoso de las tropas y Oronow, el terreno patrio, estaba ya libre de enemigos. Pronto un armisticio pondría término a la lucha y los de Oronow recuperarían su antigua independencia.

La bailarina Tasia se presentó en la reunión... Llevaba en la mano un saquete de joyas.

—Para nuestros heridos y con destino a las ambulancias de socorro—dijo.

Y derramó sobre la mesa centelleantes alhajas, joyas de todos los colores que ponían en la sala como una hoguera de luz.

Taranoff y sus hombres la felicitaron por aquel acto de generosidad y hasta el mismo Kara no pudo menos de sonreírse ante el desprendimiento de la patriota.

—Tal vez dentro de ocho días impondremos la paz a nuestros adversarios—le dijo Taranoff.

—¡Qué alegría! ¡Nuestra patria libre y acabada la matanza!

Entró un oficial y comunicó a los concurrentes:

—¿Saben la noticia? Hace pocas horas hemos cogido al conde de

Kantemir, el famoso gobernador que habían impuesto nuestros enemigos...

—¡Bravo... magnífico!...

—¡Este es un buen golpe!

Pero Tasia se estremeció al escuchar aquel nombre amado... ¡Kantemir preso! ¿Qué iban a hacer con él?

Una voz enérgica gritó con todo el odio de su alma:

—Ese Kantemir merece la muerte... Era uno de los principales enemigos nuestros... Hay que castigarle.

—¡Sí, hay que castigarle!...

Tasia se había ocultado en un rincón, asustada ante las palabras de aquella gente. ¿Estaría en peligro el hombre que era todo su amor y su ilusión?

Taranoff rugió con ferocidad:

—Amigos, ¿quién quiere vengar a nuestros mártires de Oronow?... ¿Quién quiere ir a castigarlo?

Kara contempló a Tasia, oculta en un rincón. Creyó el soldado que había llegado el momento de cumplir su palabra, de vengarse del rival que le había vencido en la lucha del amor.

Adelantó unos pasos y dijo ferozmente:

—¡Yo!

—Ve... y que la suerte te acompañe... Kantemir está prisionero en la fortaleza de Rodka—dijo Taranow.

Tasia no quiso escuchar más... Como todos los hombres habían rodeado a Kara admirando su ofrecimiento, ella logró marchar sin ser vista y salió a la calle, donde la nieve caía como una cortina blanca.

Vió un trineo y gritó:

—¡Pronto! ¡A la fortaleza de Rodska!

Sólo tenía un anhelo: el de salvar al hombre que seguía amando a pesar de todo, el hombre que no importaba que fuese el peor enemigo de su patria, el opresor, el criminal... Le amaba y esto le absolvía ante sus ojos de enamorada de todas las faltas...

El trineo se deslizó veloz sobre el hielo y bajo la nieve que seguía cayendo a grandes copos.

Mientras tanto, Kara recibía las felicitaciones de sus compañeros y

L A B A I L A R I N A D E L A O P E R A

se vela animado por grandes y entusiásticos gritos:

—¡Mata al conde!

—¡No tengas piedad!

—¡Su vida por la de tantos de nuestros mártires!

—¡Descuidad! ¡Nadie hay más interesado que yo en acabar con su existencia!

—Serás un héroe nacional... La patria te glorificará.

—¡Gracias, amigos!... Ya oiréis hablar de mí.

Y con una sonrisa brutal se despidió de sus camaradas subiendo a un trineo y haciéndose conducir a toda velocidad hacia la triste fortaleza de Rodka.



Tasia llegó a la prisión... Unos soldados le quisieron impedir la entrada, pero ella se dio a conocer y dijo que tenía autorización de Taranoff para ver al prisionero.

Un sargento la reconoció como la bailarina famosa de la Opera y no tuvo inconveniente en dejarla pasar hasta la celda del prisionero.

Entró en la pequeña estancia donde estaba sentado Kantemir, pálido y con la mirada dolorosa del militar vencido.

Ella corrió a sus brazos y el gobernador sintió el tibio calor de aquel cuerpo amado y juvenil.

—¡Tasia! — gimió en delicioso éxtasis.

Un momento permanecieron con las bocas unidas, estrechamente enlazados.

—¡Tasia... mi amor!

—¡Huye... si me amas, huye!— respondió ella, teniendo que contenerse para no derramar las lágrimas— ¡Vienen a matarte!

—¿A mí?

—¡Sí, sí... es cuestión de minutos!... ¡Huye pronto!...

El joven se desprendió de aquellos brazos y miró a la mujer a la que no había podido olvidar, porque fué la primera ilusión que pasó por su vida.

¡Y aquella dulce criatura venía

a comunicarle ahora una noticia terrible e inesperada!

—Tasia, estoy prisionero — respondió—. He dado mi palabra. Yo no puedo faltar a mi honor.

E irguió su cabeza morena, bajo cuya frente centelleaban unos ojos de limpia y honrada mirada.

No podía huir. Un militar sólo tiene una palabra... y la cumple.

Pero ella se arrodilló a sus pies y con la ceguedad de la mujer que adora y para quien ninguna palabra tiene substancia si no es la del amor, para quien todos los demás deberes son mitos si no es el del hondo cariño, el de la pasión ciega, contestó con frenética locura:

—No se trata de honor... se trata de vivir... se trata de amor... Si murieses, me mataría. ¡Te quiero... bien lo sabes!... Desde que quise matarte, te amo todavía más... ¡Huye!

El se mantenía enérgico, implacable, pero en su alma se desbordaban los ríos de lágrimas de la ternura.

Se veía amado por aquella mujer a la que él había tenido que olvidar forzosamente... Y a pesar de su casamiento con la princesa Bárbara,

aquella criatura que tenía a sus pies seguía mostrándole un amor de heroína medioeval.

—No puedo huir — repitió con fuerza—. No soy más que un soldado... ¡Mi deber está por encima de todo!

—¡Huye!... ¡Llévame contigo!... ¡Podemos ser felices en otro país!

—Tasia, no es posible... Tú no conoces las leyes militares, no sabes el valor de una palabra dada... ¡No puedo!

Ella seguía abrazándole, envolviéndole con su dulce y enervador perfume y le decía con los labios junto a los suyos:

—¡Si me amas, huye!... ¡Acuérdate de aquella noche en la cabaña! ¿Tan poca cosa represento en tu vida?

Aquella evocación sensual le decidió.

—Bien—dijo—. Sea lo que Dios quiera. Huiré contigo.

Acababan de adoptar aquella determinación cuando en el corredor cercano escucharon voces rudas de soldados, y Tasia reconoció la de Kara...

Llamaron a la puerta.

Era, pues, imposible escapar.

—¡Ocúltate! — le dijo Tasia al conde.

Y Kantemir que se había puesto ya el gabán corrió a esconderse en una pequeña estancia que comunicaba con la celda.

Volvieron a llamar rudamente a la puerta y Tasia armándose de valor la franqueó.

Entró Kara con una sonrisa feroz, terrible, en el rostro quemado y obscuro.

Afuera quedaron varios soldados.

—¿Tú aquí? Has venido a salvarle ¿no? Me lo figuraba... Pero, ¿dónde está el gobernador?

Ella se echó a reír y mirando la alta ventana, exclamó, burlona:

—Haz un pequeño esfuerzo de inteligencia...

—¿Qué quieres decir?

—Que mires la ventana—continuó ella con ánimo de despistarle.

Kara se asomó creyendo que tal vez por allí habría podido escapar el ex gobernador.

Volvió a mirar a Tasia y la dijo con terrible sonrisa:

—He hecho el esfuerzo de inteli-

gencia... No veo ninguna huella en la nieve.

—¿Y qué?

—Pues que Kantemir no ha huido... y está aquí.

—¡No es cierto!

—¿Por qué niegas?... Has venido a salvarle... pero yo me opongo con todas mis fuerzas.

Kara descubrió un revólver sobre la mesa y fué a cogerlo, pero Tasia más lista que él se apoderó del arma y le amenazó.

Sin hacerle caso, Kara avanzó por la habitación y al ver una puerta entreabierta, penetró violentamente en ella.

Momentos después volvía a aparecer acompañado del gobernador.

—¡Paso! — gritó Kara—. ¡Este hombre debe salir de aquí!...

Pero Tasia, revólver en mano, se puso ante la puerta y apuntó el arma contra su propio corazón.

Kantemir la contemplaba horrorizado. ¿Qué iba a hacer aquella criatura?

—Entiéndeme bien, Kara—rugió la bailarina—. La vida de este hombre me es más querida que la mía propia... Si no quieres que me ma-

te... júrame que le salvarás y te creeré.

Y señaló la imagen de una Virgen que estaba colgada en la pared.

Kara y Kantemir comprendieron que aquella mujer iba a cumplir su amenaza. Tenía los dedos en el gatillo. Y temblaba, pronta a darse la muerte.

Kara retrocedió un momento, asombrado, horrorizado, ante aquel acto de locura.

No, Tasia no mentía... Se quitaría la vida; su gesto, su ademán era el de las resoluciones supremas e irrevocables.

Y entonces aquel terrible soldado que odiaba a muerte al conde de Kantemir porque había logrado conquistar el corazón de Tasia, sintió algo que se desgarraba en su alma, un inmenso espanto ante la idea de que muriese la dulce y delicada criatura.

¡La amaba demasiado! Pero... ¡ah!... si la dejaba vivir quedaría libre el otro...

¡No, no!... Vaciló unos instantes. Y al cabo una sonrisa feroz volvió a iluminar su rostro.

Acababa de tomar una resolución definitiva.

—¡Sea!—dijo—. ¡Lo salvaré! ¡Te lo juro!

Y con fría mirada extendió su mano hacia el cuadro de la Virgen.

—¡Gracias, Kara! ¡No esperaba menos de ti!—gritó Tasia.

Y dejando el arma corrió hacia Kantemir; y llenó de besos el rostro del hombre amado.

La expresión de Kara era, sin embargo, sombría... Contemplaba a Kantemir y temblaba...

¡Cómo odiaba a aquel hombre!

—¡Ea!—rugió con expresión brutal—. ¡Salgamos pronto!

—¿Cumplirás tu palabra?—le dijo.

—¿No lo he jurado? Pues por tu bien no insistas.

Y la envolvió en una mirada tan urolona que Tasia sintió un estremecimiento de frío.

Kantemir después de besar de nuevo a Tasia salió de la celda, acompañado de Kara.

—Tasia, tú espera aquí—le dijo Kara—. No debemos llamar la atención.

Salleron los dos hombres y aba-

jo, en el patio de la fortaleza, se encontraron con el general Taranoff y numerosos grupos de soldados.

—¡Ah! — dijo Taranoff—. ¿Bajáis con él para fusilarle?... Pues bien, manos a la obra. Tú, Kara, darás la señal de fuego...

Y mirando al conde de Kantemir que ante la presencia de aquellos feroces enemigos comprendió que había llegado su última hora, le dijo:

—Conde de Kantemir, vais a ser ejecutado por cuatro de vuestros antiguos prisioneros de Oronow.

El joven se estremeció y miró a Kara que tenía una sonrisa burlona.

—Si... os podéis despedir del mundo... y de la mujer... Pues, ¿qué os habíais creído?—gritó Kara.

Y lanzó una gran carcajada.

Kantemir comprendió la infamia. Escupió esta palabra con todo el odio de su alma:

—¡Traidor!

—No te canses insultándome porque has de morir en seguida. Has de pagar todo lo que has hecho... ¿entiendes? ¡Pronto!... ¡En marcha!

Taranoff gritó:

—Avisame cuando se haya cumplido la justicia.

—Será pronto... Deseo más que usted acabar con la vida del amante de Tasia... La bailarina está allá... arriba, en la celda.

—Pues voy a ver a esa mujer comunicándole que Kantemir va a morir ahora—rugió Taranoff.

Kantemir les escuchaba sercnamente. No quería descender hasta el extremo de cambiar palabras con aquella gentuza. Moriría con honra por su patria y víctima de una bárbara traición.

Sentía aquello únicamente porque dejaba a Tasia en poder de Kara.

Pero adquiriendo nuevas energías, arrancó de su mente aquellos pensamientos y entre cuatro soldados barbudos y crueles, sus antiguos prisioneros de Oronow, se dejó conducir al patio donde se debía celebrar la ejecución.

Kara se paseaba, agitado, de un lado a otro... Tal vez le remordía la conciencia por el acto que iba a efectuar.

El cuadro estaba ya formado... y

LA BAILARINA DE LA OPERA

Kantemir junto a la pared miraba aquella hilera de soldados cuyos fusiles le quitarían la vida.

Kara dijo de pronto a los soldados:

—Antes de fusilarlo quiero que cavéis allá lejos la fosa... ¡Rápidos!

Los muchachos corrieron a abrir aquel hoyo donde sería enterrado el cuerpo del desgraciado Kantemir.

Kara les señaló el sitio en que debía abrirse la sepultura. Lugar poco alejado de la fortaleza.

Los soldados pusieron rápidamente manos a la obra.

Kantemir contemplaba con frialdad como iba abriéndose aquel surco que le encerraría para siempre.

¡Ah, qué rabia! Crispó los puños con odio feroz...

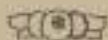
No le asustaba la muerte... pero la vida era aún tan hermosa... ¡Y caer allá en la fosa!

Kara seguía sonriendo de modo enigmático, cruel...

De pronto avanzó lentamente hacia el prisionero.

Le miró con sorda rabia.

Le habló...



Taranoff se dirigió enfurecido hacia la habitación donde estaba la bailarina.

Mientras subía la escalera, recordaba las palabras de Kara de que el conde Kantemir era el amante de la artista.

¡La traidora, la infame! Pensó entonces en lo ocurrido la noche de bodas del conde y en el fracaso del plan de atentado. Indudablemente Tasia no habría querido disparar contra el hombre que amaba. ¡Ah, no se saldría con la suya porque esta vez iba él a morir de veras!

Tasia se hallaba aún en la celda, esperando que Kara le diera alguna noticia acerca de la libertad alcan-

zada por el conde. Estaba segura de que el soldado cumpliría el solemne juramento.

Y se enternecía pensando en la futura vida que iban a vivir los dos enamorados, porque ahora ya creía posible que Kantemir, viudo y derrotado, se casara con ella y ambos buscaran en algún rincón de la tierra el olvido a la tragedia pasada.

Volvióse nerviosa al escuchar que se abría la puerta.

Grande fué su sorpresa al encontrarse con Taranoff.

En el semblante duro e inflexible de aquel hombre adivinó algo tan terrible que retrocedió espantada

LA BAILLARINA DE LA OPERA

como si fueran a comunicarle una dolorosa noticia.

—¿Me tienes miedo? Algo debes haber hecho contra la ley—dijo el general, sonriendo, burlonamente.

—¿Yo? ¡Oh, no, Taranoff!—contestó friamente.

—Vamos, no hay necesidad de mentir... Ya sé por qué estás aquí.

La joven se estremeció.

—¿Quieres que te lo diga?... Viniste a salvar a tu amante...

Irguió Tasia la cabeza con despreciativo orgullo.

—¿Y si es así?—gritó, valerosa.

—Sí es así... has perdido el tiempo... porque has fracasado.

—¿Qué quieres decir?... ¡Habla... habla!...

Su voz se apagaba en su garganta; un sudor frío le inundaba las sienes, experimentaba profundas angustias, adivinando que iba a morir en flor la ilusión que había levantado en su alma.

Taranoff acercóse a la ventana y una terrible sonrisa dilató sus facciones brutales.

Se había acabado de abrir la fosa para Kantemir. El cuadro estaba ya formado y cuatro fusiles apunta-

ban directamente al pecho del ex gobernador que en pie desafiaba con mirada retadora a los emisarios de la muerte.

Kara dirigía la ejecución y con el brazo en alto a punto de dar la orden de fuego.

—¡Mírale!—le dijo a Tasia.

Corrió la bailarina a la ventana y un espectáculo inaudito, de horrenda pincelada trágica, se presentó ante sus ojos.

Tuvo que apoyarse fuertemente para no caer, aplastada por la violenta emoción.

—¡Oh, Dios mío!... —gimió con un grito terrible salido del fondo de sus entrañas.

Vió a los soldados que apuntaban, vió a Kantemir con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando con arrogancia a los hombres que iban a fusilarle; vió a Kara sonriendo brutalmente y dando la orden de ejecución.

—¡Oh, Dios! —repitió mientras sentía un desfallecimiento que le corría por todo su ser.

—¿Qué te parece?—gritó Taranoff—. Ya te dije que habías llegado tarde.

—¡Canallas! ¡Canallas!

Sonó instantáneamente una descarga cerrada, y Tasia vió que acababan de disparar los soldados del pelotón y distinguió entre una nube de humo un cuerpo humano que caía en tierra.

—¡Kantemir... Kantemir!—gritó la mujer—. ¡Esto es un crimen, esto es una infamia! ¡Traidores, cobardes!

Llorando, pretendió lanzarse contra el general Taranoff que reía burlonamente con la crueldad de los déspotas.

Este le rechazó a patadas.

—No llores. No está bien que una hija de Oronow derrame lágrimas por los que oprimieron a su patria.

Entró una pareja de soldados y uno de ellos dijo al general:

—Se acaba de cumplir la sentencia, señor.

La exaltación de Tasia continuó en aumento y gritó:

—¡Criminales... criminales!

—Cálmate, niña, porque de lo contrario seguirás el mismo camino que Kantemir... Conque ¡chitón! Y lo mejor será que te marches pronto

de aquí y vuelvas a tu teatro de la Opera.

Abrió Taranoff la puerta y se dispuso a partir acompañado de los dos soldados.

Pero Tasia le gritó con todo el fuego de su alma:

—No es a ti a quien odio más, sino al otro, al traidor que me engañó. ¡Di a tu cómplice, a Kara, que es un perjuró... y que lo mataré!

—¡Loca!

Desaparecieron los tres soldados y Tasia continuó llorando...

Se echó en tierra y allí permaneció largo rato, mojando el suelo con sus lágrimas, agitada por un continuo temblor y pronunciando el nombre del amado con un desespero de niña abandonada.

Se levantó al escuchar que alguien aparecía por el marco exterior de la ventana.

Vió a un soldado que le arrojaba un papel y que haciéndole ademán de que guardara silencio, volvía a desaparecer.

Contempló el mensaje que tenía en la mano sin osar abrirlo, presa de una inquietud cada vez mayor.

Quiso leer el papel pero las lágrimas formaban una larga cortina ante sus ojos.

Mucho tiempo estuvo sin poder fijar la atención en las cortas líneas hasta que con un gran esfuerzo logró serenarse y leer.

El papel escrito con letra tosca y ordinaria decía así:

"Tasia:

Mañana temprano a las ocho esté usted en la posada del camino de Rodks a Oronow.

Un amigo."

Leyó una y otra vez aquella carta que le trajo un mundo de dudas, de confusiones, de esperanzas y melancolías.

¿Quién podía citarle para aquella hora? ¿Qué misterio encerraba aquel mensaje entregado con tanta cautela?

¡Ah, no se hacía ilusiones! Para ella la vida no podía tener ya ninguna realidad feliz...

La muerte de Kantemir la lloraría para siempre. El fin infame de aquel pobre muchacho, llevado a ser fusilado por medio de la traición.

¡Criminales, hato de bandidos! rugía... Criminal Taranoff que la había hecho presenciar con crueldad refinada el trágico fin de aquella juventud poderosa, pero mil veces aun más criminal el maldito Kara, que la había engañado, que había jurado en falso y dado la orden para que disparasen contra el infeliz.

¡Asesino! Dios tendría que castigarle terriblemente, en esta vida y en la otra.

Tasia lo deseaba con todo el fuego de su alma. Sí, que no encontrase techo bajo el que cobijarse, ni ropa con que cubrirse, ni alimento para sustentarse. Que como un hombre maldito fuera por el mundo sin encontrar una mano amiga que se tendiera hacia él.

¡Asesino! Le perseguiría el odio de Tasia cada vez más fuerte, con mayor vigor. Crecería este odio cada día, cada hora, cada minuto... siempre más intenso y terrible.

Volvió a leer la carta...

¿No sería, acaso, alguna traición? ¿Querrían ahora atacar contra su propia vida después de haber aniquilado la de Kantemir?

No iría.

Pero ¿y si por el contrario, le citase alguien para darle medios de venganza, para facilitarle la ocasión de luchar contra los tiranos que acababan de aniquilar su vida?

Era cierto. No dejaría de concurrir a aquella cita importante que estaba envuelta en el mayor misterio.

Para vengar a Kantemir daría la vida si preciso fuera...

De pronto se acordó de su padre, muerto en plena estepa, sobre la nieve...

Evocó sus sufrimientos y el dolor de su prisión considerando que había sido Kantemir quien había ordenado su traslado a otra cárcel.

¡Cómo sufría al recordar tan dolorosas escenas!... Pero, ¿por qué darle la culpa a Kantemir de todo lo sucedido?

El conde no era malo y tuvo que limitarse a acatar órdenes severísimas del gobierno y que cada vez se hacían más crueles...

Ni Kantemir podía adivinar que Atar Maikow era el padre de Tasia, ni creer que este viejo hallaría la muerte en el camino.

¿Por qué culparle, pues, de aquellas páginas que trazaba el destino con su mano ciega y triste?

Estaba segura de que su padre desde más allá de lo ignoto, le perdonaba el gran amor que ella había sentido por Kantemir.

No, no traicionaba Tasia a su patria, a la que quería ver siempre libre y resplandeciente, pero aquella devoción por su tierra era perfectamente compatible con el amor hacia el hombre elegido por el corazón.

¿Qué sabe amor de fronteras, ni de patrias, ni de banderías, ni de ideales distintos?... "Amor sólo sabe de amor"...

Y enjugándose sus últimas lágrimas, abandonó la fortaleza de Rodka.





A la mañana siguiente, Kara, que era "el amigo" que había escrito a la bailarina, se encontraba en la posada esperando su próxima llegada.

Eran ya las ocho; se paseaba nerviosamente por el atrio de la casa, aguardando la inmediata llegada de la bailarina de la Opera.

No tardó ésta en aparecer. Descendió de un trineo y al ver a Kara dió unos pasos atrás bajo la impresión del asombro.

¡Aquel malvado allí! ¡Aquel canalla a quien ella había jurado eterno odio!

—¿Qué me quieres?—le preguntó con fría entonación—. ¿Tienes aún el valor de presentarte ante mis ojos?

—Espero que no me odiarás demasiado... Ten confianza en mí... ¡Sígueme!

Vació la muchacha pero vió brillar en los ojos de Kara una luz de bondad que alguna vez había visto reflejada en ellos.

Le siguió.

Entraron en una habitación...

Tasia lanzó un grito y hubiera caído en tierra de no sostenerla unos brazos de hombre que rodearon su talle.

—¡Tasia!—gritó una voz.

La bailarina, que había cerrado los ojos, asombrada por la visión, los volvió a abrir y vió ante ella al ex gobernador conde de Kantemir.

—¿Pero es posible? ¡Vivea!...

¿No sueño? ¡Tú... tú!... ¡Oh, Dios mío!

Y abrazaba y besaba a Kantemir con inmenso delirio.

Kara les miraba sonriente con la alegría del hombre que nada gana haciendo el bien, si no es su propia satisfacción interior, el dulce contento de su conciencia.

Pasados los ardientes e inevitables transportes de cariño, Tasia se apartó de los brazos de su amado y preguntó a Kara:

—¿Cómo te las arreglaste para salvarle? Si yo vi que disparaban, si vi a Kantemir caer en tierra... ¿Qué significa todo ese simulacro?

El soldadote sonrió al conde y a Tasia y respondió:

—Pues, me las arreglé usando mi cabeza... Para algo había de servirme... Verás... Mientras los soldados cavaban la zanja en que tu novio debía ser enterrado, yo cambié los cartuchos de bala que tenían los fusiles de las tropas por otros de pólvora, y, luego, advertí a Kantemir que se hiciese el muerto cuando disparasen.

"Todo ocurrió como lo había previsto... El conde hizo una caída

aparatosa de muerte con todas las de la ley, y como los soldados quisieran enterrarle, ordené que se marchasen, pues yo mismo me cuidaría de la tarea.

"Después, poca cosa... Ayudé a ocultarse a Kantemir... por la noche llegamos a esta posada... lo demás ya lo sabéis."

Tasia le escuchaba con honda emoción, con profunda gratitud... ¡Y ella le había creído un criminal y un traidor!

—Y ahora—siguió diciendo Kara—todo está dispuesto para que huyáis.

Tasia le abrazó y le dijo:

—Gracias, Kara, de todo corazón...

—¡Sí, amigo... muchas gracias!... Nunca olvidaremos lo que has hecho por nosotros—añadió el conde, estrechándole fuertemente la mano.

Kara hacía esfuerzos por no llorar.

—No perdáis el tiempo — exclamó— Podrían daros alcance... descubrir toda la farsa... Huid... un trineo os espera...

—¡Adiós, Kara bueno... amigo mío!...

LA BAILLARINA DE LA OPERA

Y otra vez la dulce mano de Tasia estrechó la velluda y fuerte de aquel rudo militar.

—¡Adiós, Tasia! — contestó con voz ahogada por los sollozos—. No me atrevo a decirte que he hecho todo esto por ti.

Y la miró con tanta intensidad y dulzura que la bailarina comprendió entonces la sublimidad de aquel sacrificio.

Kara la amaba aún, la adoraba todavía... y, sin embargo... por amor a ella, para que ella no sufriera, había salvado la vida a su rival, prescindiendo de que éste era, además, un feroz opresor de su patria.

—¡Adiós, Kara! —gimió.

Y le miró con los ojos húmedos por las lágrimas.

—Lo comprendo todo, Kara... y te admiro—murmuró—. Adiós.

Los novios abandonaron la estancia. Iban llenos de juventud y de vida...

Kara asomóse lentamente a la ventana y les vió partir en el trineo.

Marchaban con la alegría de su

amor triunfante que iba a vivir fuera de allí, en un país de paz, donde no hubiese peligro para su radiante dicha.

El soldado volvió a meterse en la habitación. Cerró un momento los ojos evocando a los que se iban, a aquella mujer a la que amaba ahora, bien lo comprendía él, con toda su alma... Sin embargo, la había entregado a su propio rival.

—Qué tontería, ¿no? — se dijo, sonriente.

¡Pudiendo destruir a Kantemir, se había salvado, reservándolo para la danzarina!

Y mientras ellos gozarían del amor, el soldado seguiría su vida solitaria, entristecida por los recuerdos.

Pero, ¿por qué había hecho esto? ¡Ah, el rudo Kara se sacrificaba para que Tasia fuera feliz con el conde, amado por ella!

Y murmuró, mientras sus ojos contemplaban la imagen de la Virgen bajo la que había jurado él algo sagrado:

—¡Soy un héroe o un traidor?

F I N



PRÓXIMO NÚMERO

La magnífica novela

BEN-ALÍ

Dramático asunto, interpre-
tado por LÉON MATHOT
y LOUISE LAGRANGE

ARTÍSTICA PORTADA



EN PREPARACION:

Los Cuatro Diablos

Film Titan Fox

NOSTALGIA

por Mady Christians

La Sinfonía Patética

por Georges Carpentier
y Henry Kraus

EL JURAMENTO

por René Navarre

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy. — El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller. — La princesa que supo amar, por Hugonette Duflos y Charles de Roche. — El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — Sin familia, por Leslie Shaw. — Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno. — Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donahen. — Cobra, por Rodolfo Valentino. — El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelot. — Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert. — Taxá, por Gloria Swanson. — Adiós, juventud!, por Carmen Boni. — El judío errante, por Gabriel Gabrio. — La mujer desnuda, por Louise Langrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc. — Casanova, por Ivan Mosjoukine. — Hotel Imperial, por Pola Negri. — La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala. — Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore. — Noche Nupcial, por Lily Damita. — El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — Beau Geste, por Ronald Colman. — Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy. — La Mariposa de Oro, por Lily Damita. — Ben-Hur, por Ramón Novarro. — El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — La Castellana del Líbano, por Ariette Marchal e Ivan Petrovich. — La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo. — Tripoli, por Esther Ralston y Charles Farrell. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino. — Aguijas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Roque. — El Sargento Malacara, por Lon Chaney. — El Capitán Sorrell, por H. B. Warner. — El Jardín del Edén, por Corinne Griffith. — La Princesa mártir, por Lucienne Legrand. — Ramona, por Dolores del Río. — Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo, Amantes y Moulin Rouge.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

GRAN ÉXITO

del Número Almanaque para 1929 de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Profusión de grabados.
Interesantes argumentos
de películas. Bellísimos
cuentos. Entreviú con la
reina de las modistillas.
32 fotografías-bustos de
los más populares astros
cinematográficos

REGALO de un valioso
álbum para coleccionar
las postales de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**
del año 1928

De venta en todos los puestos de librería

¡No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE